



El Siervo **SUFRIENTE**

Cuaresma 2025

Jesús estaba a punto de confrontar el rechazo, la persecución, el sufrimiento y la muerte. *El Siervo sufriente* sabía que había llegado el momento de afrontar el camino del rechazo, el sufrimiento y la muerte, y que tomaría esa copa amarga solo y abandonado. Pero así como el Domingo de Resurrección demostró que ni siquiera la muerte pudo retenerlo, así también estamos seguros de que, porque Jesús venció, nosotros también venceremos.

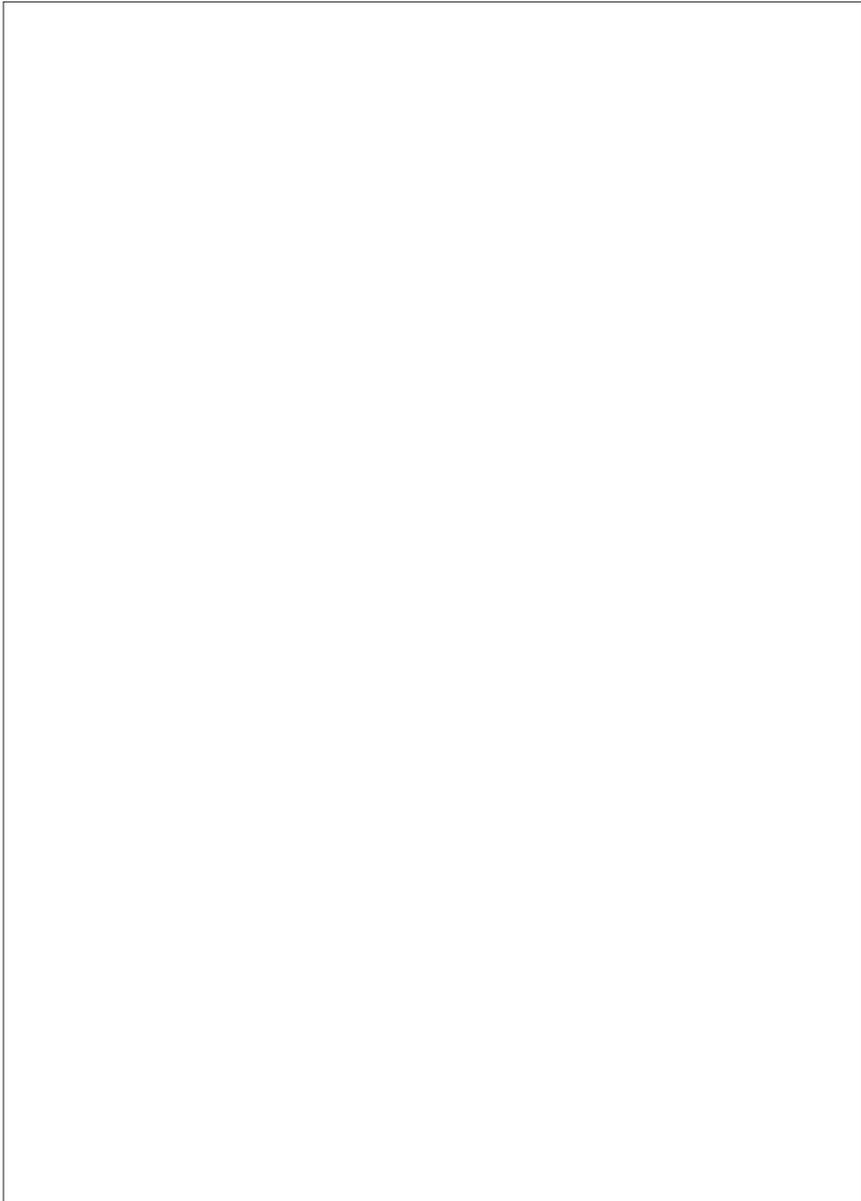


660 Mason Ridge Center Drive, St. Louis, MO 63141-8557
1-800-972-5442 • www.paraelcamino.com/cuaresma • www.lhm.org

El Siervo **SUFRIENTE**

Cuaresma
2025





Para imprimir más copias de este devocional, ir a www.paraelcamino.com/cuaresma

Los textos bíblicos han sido tomados de La Santa Biblia-Versión Reina Valera Contemporánea,
Copyright © 2009, 2011 por Sociedades Bíblicas Unidas.

© 2025 Cristo Para Todas Las Naciones

Cristo Para Todas Las Naciones (CPTLN) es un ministerio cristiano que apoya a las iglesias de todo el mundo a *Llevar a Cristo a las Naciones y las Naciones a la Iglesia.*

¿Qué pasó en Jerusalén?

Ese mismo día, dos de ellos iban de camino a una aldea llamada Emaús, que distaba de Jerusalén sesenta estadios. Iban hablando de todo lo que había sucedido, y mientras hablaban y discutían entre sí, Jesús mismo se acercó y los iba acompañando... Se veían tan tristes que Jesús les preguntó: «¿De qué tanto hablan ustedes?» Uno de ellos, que se llamaba Cleofas, le respondió: «¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabe lo que ha sucedido en estos días?» «¿Y qué ha sucedido?», preguntó Jesús. Y ellos le respondieron: «Lo de Jesús de Nazaret, que ante Dios y ante todo el pueblo era un profeta poderoso en hechos y en palabra (Lucas 24:13-15, 17-19).

¿Sabes lo que sucedió en Jerusalén? ¡Mil cosas pasaron en esa ciudad! Se sabe que el rey David la convirtió en la capital de su imperio unos mil años antes de Cristo. Fue considerada la Ciudad Santa por el templo que estaba en su medio. El templo fue su orgullo. Destruído y reconstruido a través de los siglos, el templo en Jerusalén sirvió como lugar de encuentro de todos los judíos dispersos que volvían regularmente a su tierra. Ellos sabían toda la historia que había afectado su santa ciudad los siglos anteriores.

En la época de Jesús el templo, recién reconstruido, estaba en todo su esplendor. ¿Sabes lo que pasó apenas unos pocos años más tarde? Ese templo fue totalmente destruido hasta que no quedó piedra sobre piedra. Y así están las cosas hasta el día de hoy.

La pregunta de Jesús a los discípulos en el camino a Emaús es directa: ¿Qué ha sucedido en Jerusalén? La respuesta que le podemos dar a Jesús es: "Tú mismo dejaste que destruyeran el templo de tu cuerpo, y ahora te levantaste para ser un templo viviente en todas las partes del mundo donde se predique el mensaje del arrepentimiento y el perdón de los pecados." Y Jesús se alegra de que creamos su historia.

Oremos: *Gracias, Padre, por la resurrección de Jesús, nuestro templo santo. Amén.*

Para reflexionar

- ¿Cómo te afecta lo que pasó en Jerusalén en los tiempos de Jesús?
- ¿Qué le dices a quien te pregunta qué le pasó a Jesús en Jerusalén?

Rev. Héctor Hoppe

Apariencia

Crecerá ante él como un renuevo, como raíz en tierra seca. No tendrá una apariencia atractiva, ni una hermosura impresionante. Lo veremos, pero sin atractivo alguno para que más lo deseemos. Será despreciado y desechado por la humanidad entera. Será el hombre más sufrido, el más experimentado en el sufrimiento. ¡Y nosotros no le daremos la cara! ¡Será menospreciado! ¡No lo apreciaremos! Con todo, él llevará sobre sí nuestros males, y sufrirá nuestros dolores, mientras nosotros creemos que Dios lo ha azotado, lo ha herido y humillado. ... Todos perderemos el rumbo, como ovejas, y cada uno tomará su propio camino; pero el Señor descargará sobre él todo el peso de nuestros pecados (Isaías 53:2-4, 6).

El ser humano por naturaleza busca lo atractivo en otras personas. Sin embargo, a veces somos superficiales y solo miramos y nos dejamos llevar por lo que parece ser hermoso, y luego nos damos cuenta de que nuestro enfoque no es el correcto, que no valoramos lo que más importa. Como bien lo dice el famoso refrán, "no todo lo que brilla es oro".

El profeta Isaías nos enseña la manera en la que Dios ve las cosas. Dios nos llama a poner la mirada, a poner nuestra fe, en su Siervo Jesús, aquel que "no tendrá una apariencia atractiva, ni una hermosura impresionante", y que en su sufrimiento y muerte fue desechado y menospreciado por muchos. La gente no le dio la cara porque su apariencia no era atractiva.

A diferencia del mundo, que busca lo atractivo en las apariencias, Dios nos revela su brazo salvador mediante la fe en el Cristo crucificado, aquel que según el profeta Isaías "llevará sobre sí nuestros males, y sufrirá nuestros dolores" (v. 4). Por amor a sus ovejas descarriadas, a su pueblo pecador, Dios tendrá misericordia y "descargará sobre él todo el peso de nuestros pecados" (v. 6).

Oremos: *Dios Padre, danos tu Espíritu Santo para ver la hermosura de tu amor por nosotros en la cara de tu Siervo Jesús, nuestro Salvador. Amén.*

Para reflexionar

- ¿Qué cosas brillan como el oro, pero no lo son?
- ¿Qué pecados pesan más en tu vida y qué sientes al saber que Cristo ha tomado sobre sí "todo el peso de nuestros pecados" (v. 6)?

Profesor Leopoldo Sánchez

¡Fuera!

Jesús fue a Nazaret, donde se había criado, y en el día de reposo entró en la sinagoga, como era su costumbre, y se levantó a leer las Escrituras. ... Al oír esto, todos en la sinagoga se enojaron mucho. Se levantaron, lo echaron fuera de la ciudad, y lo llevaron hasta la cumbre del monte sobre el que estaba edificada la ciudad, para despeñarlo. Pero él pasó por en medio de ellos, y se fue. (Lucas 4:16, 28-30).

Cuando Jesús inicia su ministerio público enseñando en las sinagogas de Galilea, mucha gente lo escuchaba y su fama crecía por toda la región. En una ocasión Jesús *“fue a Nazaret, donde se había criado . . . y se levantó a leer las Escrituras”* en la sinagoga del pueblo (v. 16). Allí predicó buenas noticias a todos los oyentes, anunciándoles que Dios lo había enviado para proclamar a todos los cautivos su libertad del poder del pecado, el diablo y la muerte.

Pero en vez de recibir las buenas nuevas del predicador con gozo y alardes, sus compatriotas empezaron a juzgarlo y a cuestionar su mensaje. Jesús les hace ver su falta de fe. Les dice que ellos lo han rechazado a él de la misma manera como el pueblo de Israel rechazó a los profetas que Dios les envió en el pasado—profetas venerables como Elías y Eliseo.

Al oír esto, sus compatriotas no solo no se arrepintieron de su falta de fe, sino que se enojaron con Jesús, *“lo echaron fuera de la ciudad”* y hasta intentaron arrojarlo de una montaña (v. 29).

Sin embargo, Jesús continuó su ministerio público de enseñanza y proclamación de buenas noticias. ¿Por qué? Por amor a nosotros. Lo hizo para decirle ¡fuera! al poder del pecado en nuestras vidas.

Oremos: *Te damos gracias, Señor Jesús, por ir a la cruz para librarnos del pecado. Amén.*

Para reflexionar

- ¿Qué obstáculos te impiden escuchar la palabra de Dios?
- ¿De qué pecados necesitas ser librado y qué sientes al saber que Jesús libra de pecados?

Profesor Leopoldo Sánchez

¿Acordarse de qué?

El primer día de la semana... las mujeres regresaron al sepulcro... [y] se encontraron con que la piedra del sepulcro había sido quitada, entraron; pero no hallaron el cuerpo del Señor Jesús. ...dos hombres con vestiduras resplandecientes se pararon junto a ellas [y] les dijeron: “¿Por qué buscan entre los muertos al que vive? No está aquí. ¡Ha resucitado! Acuérdense de lo que les dijo cuando aún estaba en Galilea: “Es necesario que el Hijo del Hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y que sea crucificado. Pero al tercer día resucitará”» (Lucas 24:1-7).

Como pastor he tenido oportunidad de estar en muchos funerales. A algunas personas las conocía bastante bien, a otras apenas, pero aprendía más sobre ellas escuchando lo que los deudos contaban. Estos encuentros son los que usamos para traer al presente los recuerdos. El pasado se vuelve importante, las gratas memorias aplacan el dolor de la pérdida.

Las mujeres que fueron al sepulcro habían perdido el eje de sus vidas. Se habían quedado sin rumbo. ¿Qué seguía ahora? Ungir el cuerpo con hierbas aromáticas y luego regresar a Galilea con el semblante triste. ¿Qué más? Las mujeres harían lo que hacemos todos cuando un ser querido muere, lo traemos a la memoria para recordar los buenos momentos.

Las mujeres y los discípulos ausentes parecen no recordar nada en este momento. Los dos mensajeros celestiales les dicen: *“Acuérdense de lo que les dijo cuando aún estaba en Galilea: “Es necesario que el Hijo del Hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y que sea crucificado. Pero al tercer día resucitará.”*

Y hoy es ese tercer día. Nosotros también necesitamos que se nos refresque la memoria. Fue necesario todo lo que Cristo hizo por nosotros, y es necesario que nosotros recordemos sus palabras, sus enseñanzas, sus milagros y su obra sacrificial en la cruz. De eso depende nuestra fe y nuestra vida con Dios para siempre en el cielo.

Oremos: *Gracias, Padre, porque en tu Palabra nos recuerdas la obra de amor por nosotros de tu Hijo Jesús. Amén.*

Para reflexionar

- ¿Cuáles son los recuerdos más frecuentes que vienen a ti de tu Señor Jesucristo?
- ¿Qué haces para refrescar tu memoria y recordar todo lo que Cristo hizo por ti?

Rev. Héctor Hoppe

Dios no improvisa

José era de Arimatea, una ciudad de Judea, y también esperaba el reino de Dios, así que fue a ver a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Después de bajarlo de la cruz, envolvió el cuerpo en una sábana y lo puso en un sepulcro abierto en una peña, en donde aún no se había sepultado a nadie. Era el día de la preparación, y estaba por comenzar el día de reposo. Acompañaron a José las mujeres que habían venido con Jesús desde Galilea, y vieron el sepulcro y cómo fue colocado el cuerpo (Lucas 23:51b-55).

En un funeral, las personas se reúnen para despedir a alguien. Por lo general va mucha gente, incluso personas de las cuales los deudos no sabían que tenían alguna relación con el fallecido. El funeral es una oportunidad para ofrecer compañía a los familiares y amigos más cercanos.

Cuando Jesús murió, no hubo tiempo para preparar su funeral. En pocas horas todos tenían que dejar de trabajar, para entrar en el día de reposo. Había que apresurarse. Entonces aparece alguien, un desconocido para nosotros, que tuvo la valentía de solicitar a las autoridades el cuerpo de Jesús para darle digna sepultura en una tumba de su propiedad. José de Arimatea se menciona en la Escritura solo esta vez, en la ocasión de la sepultura de Jesús.

¿Quién era este hombre? Era un discípulo de Jesús que ocupaba un cargo importante en el consejo de los judíos, pero que no tuvo las herramientas para evitar la muerte de Jesús. Pero así tenía que ser, porque era necesario que Jesús muriera por los pecados de todo el mundo. Dios tenía reservado a José para la tarea de sepultar a Jesús, y las mujeres de Galilea lo acompañaron y vieron el lugar en que Jesús fue puesto.

Nada es improvisado en el plan de Dios. Jesús muerto sigue siendo importante, porque solo muerto podrá volver a vivir para siempre. Solo hay que esperar hasta el domingo.

Oremos: *Gracias, Padre, porque enviaste a un discípulo de Jesús para darle digna sepultura. Amén.*

Para reflexionar

- ¿Qué aprendes de Dios a través de todo esto?
- Dios sepultado y tapado con una piedra demostrará que la muerte no lo puede detener. ¿De qué manera afecta esto tu vida?

Rev. Héctor Hoppe

Amor divino

Después de esto, Jesús salió y vio a un cobrador de impuestos llamado Leví, que estaba sentado donde se cobraban los impuestos. Le dijo: «Sígueme.» Leví se levantó y, dejándolo todo, lo siguió. Más tarde, Leví ofreció un gran banquete en su casa, en honor de Jesús. Sentados a la mesa con ellos estaban muchos cobradores de impuestos y otras personas. Pero los escribas y los fariseos murmuraban contra los discípulos de Jesús, y les dijeron: «¿Por qué ustedes comen y beben con cobradores de impuestos y pecadores?» Jesús les respondió: «Los que están sanos no necesitan de un médico, sino los enfermos. Yo no he venido a llamar al arrepentimiento a los justos, sino a los pecadores» (Lucas 5:27-32).

Cuando una persona comparte una buena noticia en Facebook le damos un "Me gusta", indicando así que compartimos su gozo y que apreciamos a esa persona. El amor humano trabaja de esa forma. Busca asociarse con personas afines, lo cual no tiene nada de malo.

Sin embargo, Cristo nos ama de una forma que va más allá del amor por afinidad. Esto lo vemos en su llamamiento de Leví, una persona cuyo oficio de cobrador de impuestos hacía que la gente lo tildara de deshonesto, desconfiable, en fin, pecador. Los líderes religiosos criticaron a Jesús por sentarse a la mesa con Leví. Pero Jesús lo llama a seguirle, porque como él mismo lo explica, "Yo no he venido a llamar al arrepentimiento a los justos, sino a los pecadores" (v. 32).

Martín Lutero distingue entre el amor humano y el amor divino. El amor humano ama a una persona porque posee algo que le gusta. El amor divino ama a pecadores como Leví que no tienen nada que los haga atractivos. Nos enseña Lutero que Cristo no nos ama porque somos deseables, sino que somos deseables porque Él nos ha amado primero.

Oremos: *Señor Jesús, ayúdanos a amar a otros como tú amaste a Leví y como nos has amado a nosotros. Amén.*

Para reflexionar

- ¿Por qué es difícil amar a las personas que no nos gustan?
- ¿Cómo nos enseña Jesús a relacionarnos con personas como Leví?

Profesor Leopoldo Sánchez

Historias que contar

Los discípulos de Juan fueron a contarle todas estas cosas. Entonces Juan llamó a dos de sus discípulos, y los envió a Jesús para que le preguntaran: «¿Eres tú aquel que había de venir, o esperaremos a otro?» Aquellos fueron a ver a Jesús, y le dijeron: «Juan el Bautista nos ha enviado para que te preguntemos si eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro.» En ese mismo momento, Jesús sanó a muchos que tenían enfermedades, plagas y espíritus malignos, y a muchos ciegos les dio la vista. Entonces Jesús les respondió: «Vuelvan y cuéntenle a Juan lo que han visto y oído: Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres se les anuncian las buenas noticias. ¡Bienaventurado el que no tropieza por causa de mí!» (Lucas 7:18-23).

El pueblo de Israel tenía historias para contar. Dios ungió a profetas con el Espíritu Santo para que contaran las promesas de Dios y hablaran de un Mesías que salvaría a Israel y a las naciones del poder del pecado, el diablo y la muerte. Juan el Bautista fue el último profeta que proclamó al Mesías antes de su tan esperada llegada, pero no estaba completamente seguro si Jesús era el Mesías prometido. Por eso envió a sus discípulos a Jesús para preguntarle: «¿Eres tú aquel que había de venir, o esperaremos a otro?» (v. 19).

En respuesta a su duda, Jesús les dio una prueba contundente de su poder: “En ese mismo momento, Jesús sanó a muchos que tenían enfermedades, plagas y espíritus malignos, y a muchos ciegos les dio la vista” (v. 21). Y con estos y otros prodigios de los que los discípulos de Juan fueron testigos, Jesús les dio historias que contar: «Vuelvan y cuéntenle a Juan lo que han visto y oído . . . » (v. 22a). Jesús el Mesías ha llegado.

Oremos: ¡Ven, Espíritu Santo, y abre nuestros labios para contarles a muchos lo que Jesús ha hecho en nuestras vidas! Amén.

Para reflexionar

- ¿Qué historias cuentan tus familiares sobre sus vidas o antepasados?
- ¿Qué historias de la vida de Jesús quisieras compartir con ellos?

Profesor Leopoldo Sánchez

La muerte que lo cambió todo

Desde el mediodía y hasta las tres de la tarde hubo tinieblas sobre toda la tierra. El sol se oscureció, y el velo del templo se rasgó por la mitad. En ese momento Jesús clamó a gran voz, y dijo: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.» Y después de haber dicho esto, expiró (Lucas 23:44-46).

Jesús sabía a quién dirigirse en los momentos cruciales de su vida. A punto de perder la vida, Cristo le ofrece al Padre su Espíritu. El Padre sabrá muy bien qué hacer con él. A Jesús no se le nubló la vista espiritual en esos momentos de suprema aflicción. No hay perturbación en sus palabras. No hay queja de lo injusto de la situación. Hay dolor. Hay oscuridad en medio de la tarde. Y hay una conciencia muy clara de que el Padre lo volverá a traer a la vida.

La escena de Jesús en la cruz mientras el cielo se oscurece nos envía un mensaje a todos nosotros. La oscuridad es lo opuesto a Dios que es luz. La oscuridad tapa, nos impide ver, es peligrosa y nos da miedo. El pecado que nos enceguece no nos permite ver que detrás de las tinieblas hay un Padre amoroso que quiere limpiar nuestro espíritu.

Un detalle de importancia en esta hora es que el velo del templo se rasgó en dos. El sumo sacerdote corría ese velo una vez al año para entrar al lugar santísimo donde moraba la presencia misma de Dios y ofrecía sacrificios por sus pecados. El velo desgarrado significa que Dios abrió la puerta para dar acceso a todos los pecadores a recibir perdón mediante la muerte y resurrección de Jesús.

La muerte de Jesús nos cambió la vida. Dios disipó las tinieblas espirituales en la que habíamos nacido y nos abrió la puerta a su presencia mediante la intervención de Cristo. Aprendemos de Jesús a encomendar nuestro espíritu a su cuidado.

Oremos: Gracias, Padre, porque cuando en el Gólgota todo parecía perdido, tú estabas recibiendo el Espíritu de tu Hijo para poder recibir también el de nosotros. Amén.

Para reflexionar

- ¿A quién te encomiendas cuando estás en aprietos?
- ¿Cómo afecta tu vida diaria saber que Jesús te abrió el camino al Padre celestial?

Rev. Héctor Hoppe

La comida que nos hace dignos

Cuando llegó la hora, Jesús se sentó a la mesa, y los apóstoles se sentaron con él. Entonces les dijo: «¿Cómo he deseado comer con ustedes esta pascua, antes de que padezca! ... Luego tomó el pan, lo partió, dio gracias y les dio, al tiempo que decía: «Esto es mi cuerpo, que por ustedes es entregado; hagan esto en memoria de mí.» De igual manera, después de haber cenado tomó la copa y les dijo: «Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por ustedes va a ser derramada (Lucas 22:14-15, 19-20)

Y la sangre de Jesús fue derramada por nosotros apenas un día después. Jesús todavía no había derramado una gota de su sangre y ya se la estaba dando a sus discípulos para asegurarles de su presencia y del perdón de sus pecados. En eso se resume prácticamente la historia de la salvación. Somos salvados por la sangre derramada de un cordero, no de un cordero limpio y sano de la pascua hebrea, sino de la santa y preciosa sangre del mismo Dios que se encarnó en Jesús.

La santidad de Dios, la eternidad de Dios y su gracia se ponen a disposición de nosotros en la Santa Cena. La simpleza de Dios no le quita efectividad a la salvación de la humanidad. El cuerpo y la sangre que comemos y bebemos cada vez que participamos de la Santa Cena son testigos eternos del amor de Dios por nosotros. Ese amor sobrepasa todo entendimiento, porque ciertamente no merecemos ser amados. Nuestra condición de personas pecadoras que viven con un corazón contaminado y una mente torcida que desconfía de todo lo que se nos presenta en la vida, no hacen de nosotros personas dignas de comer y beber lo santo de Dios.

Pero aquí es donde se ve el amor genuino de Cristo: que con su sangre derramada nos hace dignos de estar a su mesa y recibir sus dones de perdón, reconciliación y paz eterna.

Oremos: *Gracias, Padre, porque nos dejaste en Cristo la muestra más palpable de tu amor por nosotros. Amén.*

Para reflexionar

- ¿Cuán a menudo participas de este maravilloso don de Dios?
- ¿A quién puedes invitar a conocer el amor que Dios te mostró en Cristo?

Rev. Héctor Hoppe

¿Quién soy yo?

Un día, mientras Jesús se apartó para orar, les preguntó a los discípulos que estaban con él: «¿Quién dice la gente que soy yo?» Ellos respondieron: «Unos dicen que eres Juan el Bautista; otros, que Elías; y otros más, que eres alguno de los antiguos profetas que ha resucitado.» Entonces les preguntó: «¿Y ustedes, quién dicen que soy?» Y Pedro le respondió: «Tú eres el Cristo de Dios.» Jesús les mandó que de ninguna manera se lo dijeran a nadie. También les dijo: «Es necesario que el Hijo del Hombre padezca muchas cosas, que sea desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y que muera y resucite al tercer día» (Lucas 9:18-22).

¿Quién soy yo? Nuestra identidad es algo muy personal. Solo las personas más allegadas a nosotros conocen en verdad quiénes somos.

«¿Quién dice la gente que soy yo?», les pregunta Jesús a sus discípulos. Mucha gente no conocía su identidad. Algunos pensaban que era Juan el Bautista, otros Elías y otros alguno de los profetas de tiempos antiguos. Pero sus discípulos sí lo conocen, porque Jesús les ha revelado quién es. Por eso, en representación de los discípulos, Pedro puede dar respuesta a su pregunta: «Tú eres el Cristo de Dios.»

Después de todas las experiencias que habían tenido con Él, hubiera sido fácil asociar al “Cristo de Dios” solo con sus milagros. Sin embargo, Jesús les revela a sus discípulos un aspecto menos conocido, pero mucho más importante de su identidad: «Es necesario que el Hijo del Hombre padezca muchas cosas, que sea desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y que muera y resucite al tercer día.» Les quería enseñar que Él es el Cristo cuyo milagro más grande será morir y resucitar para así salvarlos del pecado y la muerte.

Oremos: *¡Ven, Espíritu Santo, y abre nuestros labios para confesar a Jesús como el Cristo de Dios que murió y resucitó para nuestra salvación! Amén.*

Para reflexionar

- ¿Cómo podemos conocer a las personas de manera más profunda?
- ¿De qué maneras revelan las obras de Jesús su verdadera identidad?

Profesor Leopoldo Sánchez

Dime con quién andas

Ya todos les decía: «Si alguno quiere seguirme, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá, y todo el que pierda su vida por causa de mí, la salvará. Porque ¿de qué le sirve a uno ganarse todo el mundo, si se destruye o se pierde a sí mismo? Porque si alguno se avergüenza de mí y de mis palabras, el Hijo del Hombre se avergonzará de él cuando venga en su gloria, y en la gloria del Padre y de los santos ángeles (Lucas 9:23-26).

Un famoso refrán reza: “Dime con quién andas y te diré quién eres”. Si alguien les preguntara, “dime con quién andas y te diré quién eres”, los seguidores de Jesús responderían: “Ando con Jesús y soy su discípulo”. Los discípulos andan con Jesús por unos tres años y son testigos de sus milagros y enseñanzas. Y no solo eso, sino que Jesús también les dio autoridad para expulsar demonios, sanar enfermos y predicar el reino de Dios en su nombre.

Después de experimentar el gran poder de Jesús en sus vidas y misión, hubiera sido fácil para los discípulos acostumbrarse a andar solamente con el Jesús de los grandes milagros. Pero Jesús les enseña que él también es el Hijo del Hombre que padecerá muchas cosas, morirá y resucitará al tercer día. Ser discípulo de Jesús implica morir y ser resucitado con él. Por eso Jesús dice: *«Si alguno quiere seguirme, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame. Porque ... todo el que pierda su vida por causa de mí, la salvará. ... ».*

Tomar la cruz de Cristo no es fácil. Los discípulos no solo predicarán en nombre de su Señor, sino que también sufrirán por causa de su nombre. Pero tendrán la certera promesa de que participarán en su resurrección cuando *“el Hijo del Hombre ... venga en su gloria, y en la gloria del Padre y de los santos ángeles”.*

Oremos: *Padre celestial, danos la fuerza de tu Espíritu Santo para confesar con valentía el nombre y las palabras de Cristo en tiempos buenos y en tiempos difíciles. Amén.*

Para reflexionar

- ¿Con qué tipo de personas andas y qué has aprendido de ellas?
- ¿En qué sentido se puede decir que seguir a Jesús y tomar su cruz es ganancia y bendición?

Profesor Leopoldo Sánchez

Dios se da por satisfecho

Pero al Señor le pareció bien quebrantarlo y hacerlo padecer. ...por medio de él se verá prosperada la voluntad del Señor. Verá el fruto de su propia aflicción, y se dará por satisfecho. Mi siervo justo justificará a muchos por medio de su conocimiento, y él mismo llevará las iniquidades de ellos. Por eso yo le daré parte con los grandes, y él repartirá despojos con los fuertes. Porque él derramará su vida hasta la muerte y será contado entre los pecadores; llevará sobre sí mismo el pecado de muchos, y orará en favor de los pecadores (Isaías 53:10-12).

En todo el mundo, y durante toda la historia universal, siempre existió la siguiente pregunta inquietante entre las más diversas tribus y naciones: ¿Cómo satisfacemos la ira de los dioses? Es en verdad una pregunta inquietante, y las respuestas que se han dado han sido horribles. Qué interesante que la humanidad siempre ha pensado que los dioses están enojados. La culpa por las malas acciones de alguna forma se hace presente.

¿Está enojado el Dios de los cristianos? Sí, pero no con los cristianos, sino con el diablo y sus ángeles que causaron la entrada del pecado al mundo. Dios está enojado por el mal que aqueja a su creación. Pero en vez de buscar venganza y destrucción total, optó por el camino del sacrificio ajeno. Ajeno para el hombre, pero no para Dios, porque en la persona de su hijo Jesús, Dios mismo sufrió el castigo de la ley para liberarnos a nosotros.

Jesús se deja sacrificar en nuestro lugar. Con eso, Dios se dio por satisfecho. Su muerte conquistó nuestra muerte y su resurrección conquistó nuestra vida en la eternidad junto a él. Ya no hay culpa que nos acuse, no hay pecado que nos condene, porque por la obra de Jesús, Dios no está airado con quienes confiesan su Nombre.

Oremos: *Gracias, Padre, porque en Cristo nos mostraste tu amor en lugar de tu ira. Amén.*

Para reflexionar

- ¿Crees que Dios está enojado contigo? ¿Cómo te ayuda este pasaje de Isaías a estar en paz contigo mismo y con Dios y con tu prójimo?
- ¿Qué significa para ti que Cristo ocupó tu lugar en la cruz para pagar por tus pecados?

Rev. Héctor Hoppe

Vencer sin ejercer violencia

Se verá angustiado y afligido, pero jamás emitirá una queja... como oveja delante de sus trasquiladores se callará y no abrirá su boca. ... será arrancado por completo de este mundo de los vivientes y morirá por el pecado de mi pueblo... Morirá en compañía de malhechores; a pesar de que nunca hizo violencia a nadie, ni jamás profirió una sola mentira (Isaías 53:7a,c,8b-9b).

La primera muerte humana registrada en la historia fue una muerte violenta. Qué dolor debe haber atravesado el corazón de los primeros padres de la humanidad cuando su propio hijo, por celos y enojo, mató a sangre fría a su propio hermano de sangre.

Así, desde el inicio de la historia aprendimos a protestar con violencia. Nos quejamos con violencia, y con violencia imponemos orden y desorden. Siempre hay excepciones, como Mahatma Gandhi, quien imprimió en la India el movimiento de la resistencia no violenta y logró así independizar sin violencia a su país de los poderes extranjeros. Por su parte, el pastor evangélico, Martin Luther King, promovió la protesta no violenta en su país y logró diezmar las luchas raciales de su tiempo. Estos dos hombres no violentos murieron de forma violenta, cuando una bala les arrebató la vida.

No había balas de plomo en los tiempos de Jesús, pero violencia no faltó. El pueblo estaba cansado de la opresión extranjera y muy decidido a portar armas y a enfrentar batalla. Pero Jesús, como el más pacífico de los hombres, el “Príncipe de paz”, eligió el camino de la no violencia. Desechó la ayuda de legiones de ángeles que tenía a disposición para salir bien librado y aceptó calladamente la voluntad de su Padre de morir bajo las violentas manos de los romanos como sacrificio, como ofrenda de paz.

Isaías nos anticipa la muerte de Cristo, su actitud sumisa, su boca cerrada. Cristo dejó la vida entre dos ladrones. Dejó que lo arrancaron del mundo de los vivos. Aunque nunca dijo una mentira, sufrió el odio y la violencia. Y sobre todo, los pecados del pueblo. El inocente y pacífico murió para traernos la paz de Dios.

Oremos: Padre, gracias por el sacrificio de Jesús por nuestros pecados. Amén.

Para reflexionar

- ¿Cómo describe Isaías a Dios en este pasaje?
- ¿Qué fortaleza encuentras en el Príncipe de paz?

Rev. Héctor Hoppe

Enemigos

Se acercaba el tiempo en que Jesús había de ser recibido arriba, así que resolvió con firmeza dirigirse a Jerusalén. Envío mensajeros delante de él, y ellos se fueron y entraron en una aldea samaritana para prepararle todo; pero los de allí no lo recibieron porque se dieron cuenta de que su intención era ir a Jerusalén. Al ver esto, sus discípulos Jacobo y Juan dijeron: «Señor, ¿quieres que mandemos que caiga fuego del cielo, como hizo Elías, para que los destruya?» Pero Jesús se volvió y los reprendió. Y les dijo: «Ustedes no saben de qué espíritu son. Porque el Hijo del Hombre no ha venido a quitarle la vida a nadie, sino a salvársela.» Y se fueron a otra aldea (Lucas 9:51-56).

El pecado transforma a prójimos en enemigos. En el sermón del monte, Jesús les enseña a sus discípulos a amar a sus enemigos, diciendo: “Amen a sus enemigos, hagan bien a quienes los odian, bendigan a quienes los maldicen, y oren por quienes los calumnian” (Lucas 6:27b-28). Sin embargo, la actitud inhumana de los discípulos hacia los samaritanos, quienes eran considerados por los judíos como enemigos, muestra que la enseñanza de Jesús les había entrado por un oído y salido por el otro.

Cuando Jesús iba camino a Jerusalén para enfrentar la muerte, decidió enviar a sus discípulos a una aldea samaritana para tener un lugar transitorio de preparación antes de llegar a la gran ciudad. Como los samaritanos no le ofrecieron hospitalidad a Jesús, Jacobo y Juan le preguntaron a Jesús: «Señor, ¿quieres que mandemos que caiga fuego del cielo, como hizo Elías, para que los destruya?». Jesús los reprendió por su falta de compasión.

Jesús no solo les enseñó a sus discípulos a amar a sus enemigos, sino que también fue camino a Jerusalén para morir por los pecados de todo el mundo, «Porque el Hijo del Hombre no ha venido a quitarle la vida a nadie, sino a salvársela.» Jesús transforma a enemigos en hijos de Dios.

Oremos: Señor Jesús, nuestro Salvador, danos un corazón compasivo para amar a nuestros enemigos como tú nos has amado a nosotros. Amén.

Para reflexionar

- ¿Cuáles son las razones para la enemistad?
- ¿De qué formas concretas puedes amar a las personas con las que no te llevas bien?

Profesor Leopoldo Sánchez

¿Y quién es mi prójimo?

En ese momento, un intérprete de la ley se levantó y, para poner a prueba a Jesús, dijo: «Maestro, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?» ... Jesús le respondió: «Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de unos ladrones, que le robaron todo lo que tenía y lo hirieron, dejándolo casi muerto. ... Pero un samaritano, que iba de camino, se acercó al hombre y, al verlo, se compadeció de él y le curó las heridas con aceite y vino, y se las vendó; luego lo puso sobre su cabalgadura y lo llevó a una posada, y cuidó de él. Al otro día, antes de partir, sacó dos monedas, se las dio al dueño de la posada, y le dijo: “Cúidalo. Cuando yo regrese, te pagaré todo lo que hayas gastado de más” (Lucas 10:25, 30, 33-35).

En su libro de instrucción cristiana, el teólogo Martín Lutero define al prójimo como cualquier persona que necesita nuestra ayuda, y enseña que amamos a nuestro prójimo cuando hacemos todo lo posible para preservar su vida y velar por su bienestar.

El pueblo de Dios pensaba que el prójimo era solo una persona cercana, alguien muy próximo a ellos, alguien de su propio pueblo. Esto explica en parte por qué, en los tiempos de Jesús, los judíos no consideraban como prójimos a personas fuera de su comunidad, fueran samaritanos o gentiles. Tenían una definición muy estricta y limitada del prójimo. Jesús cambia esta forma de pensar con la historia del buen samaritano, quien, a diferencia del sacerdote y levita judíos, no escatimó esfuerzos para ayudar al hombre herido que encontró en el camino. Aquí aprendemos que el prójimo es todo aquel a quien nos acercamos con compasión para ayudarle en su necesidad.

Pero Jesús va más allá y nos enseña que el prójimo no es solo el que recibe la ayuda sino también el que la da. El que tuvo compasión fue el prójimo del moribundo. El samaritano refleja así el carácter de Jesús, el Siervo de Dios, quien, al sanar nuestras heridas, tomar sobre sí nuestros pecados en la cruz y rescatarnos de la muerte, se ha acercado a nosotros con compasión para vendar nuestras heridas y darnos la vida eterna.

Oremos: Amado Jesús, llena nuestros corazones con tu compasión para así acercarnos a toda persona que necesita de tu perdón, vida y salvación. Amén.

Para reflexionar

- ¿A qué prójimos te es fácil servir y a cuáles te cuesta servir?
- ¿De qué maneras ha preservado Jesús tu vida y velado por tu bienestar?

Profesor Leopoldo Sánchez

El pecado duele

¡Aquí está mi siervo! Muchos se asombrarán al verlo. Su semblante fue de tal manera desfigurado, que no parecía un ser humano; su hermosura no era la del resto de los hombres (Isaías 52:13-14).

‘¿Qué te pasa? Se te nota en la cara que algo te sucede.’ Así le hablamos a un amigo o a uno de nuestros hijos. El rostro es una de esas partes del cuerpo que mejor refleja nuestras emociones, nuestros sentimientos y nuestros dolores. A veces es una sonrisa apagada, otras veces son los párpados caídos los que delatan que algún sufrimiento nos está carcomiendo por dentro.

Aparentemente, esta porción de Isaías es la única, en toda la Escritura, que describe el rostro de Cristo. Tanto habló Jesús entre el pueblo, en las sinagogas y en el templo, tanto se dejó ver y tocar por la gente, pero nadie se atrevió a dejarnos un retrato de su rostro en alguna moneda o en algún papiro. Solo hay una descripción del rostro del Hijo de Dios hecha por Dios mismo en este pasaje de Isaías.

Por medio del profeta Dios anunció que a su enviado, el Salvador de la humanidad, se le desfiguraría la cara. No fueron los latigazos, ni los clavos, ni la corona de espinas. Estos sin duda causaron un dolor físico terrible en Jesús. Pero lo que más le dolió, lo que le desfiguró el rostro, fue la vergüenza de llevar sobre el altar de la cruz los pecados de toda la humanidad.

El Cristo desfigurado se entregó para quitar nuestro pecado y acercarnos a Dios, traernos a él para que recibamos el perdón y la reconciliación. El Cristo en la cruz muriendo por nosotros es el mejor retrato de Dios.

Oremos: Gracias, Jesús, porque tu rostro desfigurado puso una sonrisa de alivio en el nuestro. Amén.

Para reflexionar

- En la cruz de Cristo Dios no maquilló nuestro pecado y nuestra perdición. ¿Qué significa para ti que Cristo haya sufrido en tu lugar?
- Cuando pasas por aflicciones, ¿qué haces para hallar consuelo y ayuda en Cristo?

Rev. Héctor Hoppe

El burro de la paz

[Jesús] les dijo a dos de sus discípulos: «Vayan a la aldea que está ante ustedes. Al entrar en ella, van a encontrar atado un burrito, sobre el cual nadie se ha montado. Desátenlo y tráiganlo aquí... Se lo llevaron a Jesús, echaron sus mantos sobre el burrito, e hicieron montar a Jesús. Conforme Jesús avanzaba, la multitud tendía sus mantos por el camino (Lucas 19:29b-30, 35-36).

En la vida de Jesús pocas veces se mencionan animales. En su nacimiento siempre rodeamos al pesebre con muchos animales, aunque ningún evangelista menciona siquiera uno. Jesús mencionó algunos, pero nunca habló de caballos, porque los caballos eran animales de guerra y él es el Príncipe de Paz. Jesús ya está listo para su gran entrada a la ciudad que será el lugar del juicio y la condena, el principio de sus dolores y el principio de nuestra paz eterna.

Jesús entra montado en un burro. Los nobles de Israel, entre ellos el Rey David, montaban burros. Solo montaban caballos para ir a la guerra, para atacar con violencia y conquistar por la fuerza, pero ese no es el modelo de Jesús. Un burro es mucho más apropiado. Jesús no atacará a los enemigos de la raza humana por la fuerza. No arrancará el pecado de nuestro corazón a los manotazos ni vencerá al diablo en una lucha armada. En todo caso, las armas de Jesús fueron la sumisión y la obediencia perfecta de hacer la voluntad de su Padre celestial.

Jesús entra en Jerusalén montado en un burrito llevando paz. No alborotó a la gente ni armó una insurrección, aunque muchos esperaban alguna estrategia parecida a la de la guerra. La estrategia de Jesús es la humildad, el motor de Jesús es el amor, y la gracia es su motivación.

Oremos: *Gracias, Padre, porque proveíste todo lo necesario para que Jesús fuera nuestro rey humilde y victorioso. Amén.*

Para reflexionar

- Dios en un burro, Dios durmiendo en el comedero de los animales, Dios colgado de una cruz. ¿Qué clase de Dios es este? ¿Cómo lo defines?
- Dios entra en nuestra vida para destruir a nuestros enemigos. ¿Qué enemigos necesita Dios destruir en tu vida?

Rev. Héctor Hoppe

¡Llegó el Rey!

Jesús estaba expulsando un demonio que había dejado mudo a un hombre, y cuando el demonio salió, el mudo comenzó a hablar y la gente quedó asombrada. Pero algunos dijeron: «Éste expulsa a los demonios por el poder de Beelzebú, príncipe de los demonios.» ... Pero él, que sabía lo que ellos pensaban, les dijo: «Todo reino dividido contra sí mismo queda devastado. No hay casa que permanezca, si internamente está dividida. ... Pero si yo expulso a los demonios por el poder de Dios, ciertamente el reino de Dios ha llegado a ustedes. Cuando un hombre fuerte está bien armado y protege su palacio, lo que posee no corre peligro (Lucas 11:14-15, 17, 20-21).

Dios establece su reinado de misericordia en la tierra mediante su Hijo Jesús. Este reino trae la salvación a todo pecador cautivo al poder del diablo. Cuando Jesús expulsa demonios por el poder de Dios, tenemos una señal contundente de que el reino de Dios ha llegado a nosotros. Por eso Beelzebú, el diablo o “príncipe de los demonios” y sus secuaces, se rebelan contra el Rey, se oponen a su reino de gracia y tratan de frustrar su establecimiento.

El diablo es como “un hombre fuerte” que toma posesión de las criaturas de Dios y las sujeta a su maldad. Pero su fuerza y poder es limitado, porque el diablo no es Dios sino una mera criatura. Por otro lado, Jesús es el Hijo de Dios y por ende actúa por el poder de Dios. Por eso, Jesús es el hombre “más fuerte” que “lo derrota” y “le quita todas las armas” al maligno. Por su malvada sedición y rebeldía, Cristo ha condenado al príncipe de la maldad y lo ha puesto en su cárcel para que no nos haga daño.

¡Llegó el Rey! Llegó el Rey Jesús a librarnos del diablo y sus demonios. ¡Llegó el Rey! Dios ha enviado a su Rey Jesús a establecer su reino de gracia en nuestras vidas. ¡Celebremos su llegada!

Oremos: *Dios todopoderoso, frustra todo intento del diablo de quitarnos el gozo de la salvación que nos has dado por medio de Jesucristo, nuestro Rey y Señor. Amén.*

Para reflexionar

- ¿Qué armas usa el diablo para frustrar la obra de Dios en tu vida?
- ¿Cómo te beneficia tener la certeza de la protección y el cuidado del Rey Jesús en tu vida?

Profesor Leopoldo Sánchez

Causa de división

»Yo he venido a lanzar fuego sobre la tierra. ¡Y cómo quisiera que ya estuviera en llamas! Hay un bautismo que debo recibir, ¡y cómo me angustio esperando que se cumpla! ¿Creen ustedes que he venido a la tierra para traer paz? Pues les digo que no, sino más bien división. Porque de ahora en adelante una familia de cinco estará dividida en tres contra dos, y en dos contra tres. El padre se enfrentará con el hijo, y el hijo con el padre. La madre estará en contra de la hija, y la hija en contra de la madre. La suegra estará en contra de su nuera, y la nuera en contra de su suegra» (Lucas 12:49-53).

Pocas experiencias son tan trágicas como la división entre las familias. Por lo general, la división ocurre porque alguien dijo o hizo algo malo, pero a veces sucede porque alguien dijo o hizo algo bueno.

Jesús habla de un tipo de división que ocurrirá en la tierra por causa de él, que fue enviado por Dios para salvar al mundo de sus pecados. Por eso, en su predicación, Jesús llamó al arrepentimiento y anunció la llegada del reino misericordioso de Dios. Jesús habló y actuó según la voluntad de Dios para nuestro bien. Unos reciben su mensaje con contrición y gozo, mientras que otros lo rechazan, y su mensaje causa división aun entre personas de la misma familia. Por eso Jesús dice que él vino a la tierra no para “traer paz ... sino más bien división”.

Pero el mismo Jesús que promete “lanzar fuego sobre la tierra”, hablando la verdad acerca de nuestra condición pecaminosa, también espera con angustia su “bautismo” en sangre, es decir, su muerte en la cruz, donde tomará sobre sí los pecados del mundo para reconciliarnos con su Padre. Esto es causa de regocijo.

Oremos: *Espíritu Santo, te pedimos que por medio de la palabra de Dios nos convenzas del pecado y nos fortalezcas en la fe en Jesús, el Siervo que dio su vida para reconciliarnos con Dios. Amén.*

Para reflexionar

- ¿Qué divisiones existen en tu familia, iglesia o nación?
- ¿Qué pecados tienden a separarte de Dios y de tu prójimo más a menudo?

Profesor Leopoldo Sánchez

Solo Dios puede salvarnos

Simón Pedro le dijo: «Señor, ¿a dónde vas?» Jesús le respondió: «A donde yo voy, no me puedes seguir ahora; pero me seguirás después.» Pedro le dijo: «Señor, ¿por qué no te puedo seguir ahora? ¡Por ti daré mi vida!» (Juan 13:36-37).

Pedro quiere seguir a Jesús. Adonde sea. Ya había experimentado el poder de Jesús caminando sobre el agua y calmando tormentas, había visto milagros extraordinarios. Pedro sabía que, si se enfermaba, Jesús lo podía sanar. Si se hundía en el lago, Jesús lo podía rescatar. Si tenía hambre, Jesús podía multiplicar panes y pescados. ¿Cuál era el problema? ¿No lo había llamado Jesús a seguirlo? Todavía resonaban en su oído las palabras que Jesús les dijo a él y a su hermano Andrés: “*Siganme, y yo haré de ustedes pescadores de hombres*” (Mateo 4:19).

En este momento, horas antes del arresto de Jesús, ni Pedro ni Andrés tenían idea de lo que significaba ir con Jesús a donde él iba a ir. Jesús fue a la cruz a dejarse sacrificar inocentemente por culpa de otros. Esos otros eran Pedro y todos nosotros, pecadores. Pedro no podía sacrificarse para pagar la culpa de su propio pecado, mucho menos del pecado ajeno. En todo caso, Pedro podría dar la vida por Jesús, pero no podría dar la vida para salvar a los pecadores.

La valentía de Pedro se derritió esa misma noche cuando, aún con maldiciones manifestó encolerizado de que él no conocía a Jesús. Solo Cristo puede ir a la cruz para ofrecer su vida, la vida de Dios mismo en su persona, para salvar a los pecadores. Y porque Cristo fue sin pecado, pudo ofrecer un sacrificio santo a beneficio de nosotros. Su sangre nos salpicó para purificarnos delante de Dios. Solo Dios pudo salvarnos.

Oremos: Gracias, Padre, porque por el arrojo y la fidelidad de Cristo, nuestros pecados han sido perdonados. Amén.

Para reflexionar

- ¿Qué significa para ti que Jesús te haya llamado a seguirle?
- Hoy no preguntamos: Señor, ¿a dónde vas?, sino que algunos preguntan: Señor, ¿dónde estás? ¿Sabes tú dónde encontrarlo? ¿Cómo responderías?

Rev. Héctor Hoppe

Para no perder la memoria

Les he dicho estas cosas mientras estoy con ustedes. Pero el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, los consolará y les enseñará todas las cosas, y les recordará todo lo que yo les he dicho (Juan 14:25-26).

Jesús está afirmando a sus discípulos con la persona divina que vendrá a ellos en apenas unos pocos días. Así los prepara para su partida. Eso es parte de no dejarlos huérfanos. Jesús ya no estará más físicamente con ellos pero, mediante el Espíritu Santo, la presencia del Salvador será tan genuina, tan fuerte, que los seguidores de Cristo no extrañarán su presencia corporal.

La tarea del Espíritu Santo será consolarlos, enseñarles y recordarles todo lo que Jesús les había enseñado. No puedo imaginarme la cantidad de información que recibieron los discípulos en las palabras de Jesús. No solo era mucha información, sino una información diferente a todo lo que se conocía hasta ese momento. No más eso de "odia al enemigo". Ahora será, "ama a tu enemigo". No más perdonar solo tres o siete veces. Ahora será perdonar todas las veces, sin llevar la cuenta. Antes era cumplir con rigurosidad las reglas religiosas para estar bien con Dios, ahora la salvación era un regalo inmerecido.

Los discípulos recibirían en el Consolador el ayudamemoria. Todas las enseñanzas de Jesús serían afirmadas y confirmadas en los creyentes, para que no cupiera ninguna duda de que Cristo es el Salvador y Señor del mundo. Cuando fueron perseguidos, recordaron que Jesús se los había advertido. Cuando salieron a compartir el amor de Dios por el mundo recordaron, en cada nuevo creyente, el gran poder de Dios y su gracia generosa. El Padre sigue enviando su Espíritu sobre nosotros todavía hoy. Por él emprendemos cada día recordando su cuidado sobre cada uno de nosotros.

Oremos: Padre, gracias porque eres generoso en el envío del Espíritu Santo. Ayúdanos a ver por medio de él el amor y la gracia del Señor Jesús. Amén.

Para reflexionar

- ¿Eres olvidadizo? Memorizar versículos bíblicos es una buena práctica para la memoria espiritual.
- ¿Para qué te sirve recordar todo lo que Jesús ha dicho? ¿Cómo usas sus enseñanzas?

Rev. Héctor Hoppe

Un año más

También les dijo esta parábola: «Un hombre había plantado una higuera en su viña, y cuando fue a buscar higos en ella no encontró ninguno. Entonces le dijo al viñador: "Hace tres años que vengo a buscar higos en esta higuera, y nunca encuentro uno solo. ¡Córtala, para que no se desaproveche también la tierra!" Pero el viñador le dijo: "Señor, déjala todavía un año más, hasta que yo le afloje la tierra y la abone. Si da fruto, qué bueno. Y si no, córtala entonces"» (Lucas 13:6-9).

¿Cuántos años emplearías a un trabajador que no produce para la empresa? ¿Un año? ¿Dos años? ¿Tres años? La mayoría de los empleadores saben determinar si sus obreros han cumplido con las expectativas de su trabajo. Si los empleados producen buenos resultados, permanecen en su trabajo; si no producen, lo pierden.

Jesús les cuenta a sus discípulos esta parábola de la higuera estéril. La moraleja de la parábola es que el Señor Jesús visitará la tierra en el día del juicio final para cortar del campo de Dios a todo el que no produjo fruto de arrepentimiento. La parábola sirve como advertencia. Nos llama a confesar nuestros pecados para recibir el perdón del Señor, para no vivir separados de Él.

La parábola también nos enseña que el Señor es compasivo, "lento para la ira y grande en misericordia", como dice el Salmo 103:8. El Señor Jesús no corta la higuera de una vez, sino que está dispuesto a esperar un año más porque "nos tiene paciencia y no quiere que ninguno se pierda, sino que todos se vuelvan a él" (2 Pedro 3:9). La parábola nos recuerda que el Señor todavía no ha venido a la tierra para juzgarnos porque es paciente con nosotros, queriendo que todo pecador se arrepienta de sus pecados, reciba su dulce perdón y dé frutos de alabanza a Dios por su gran don.

Oremos: Señor Jesús, sin ti no podemos dar fruto. Ayúdanos a ser compasivos y pacientes con los demás como tú lo has sido con nosotros. Amén.

Para reflexionar

- ¿De qué maneras ha sido Dios paciente contigo?
- ¿De qué maneras has sido paciente con otras personas?

Profesor Leopoldo Sánchez

Amor fiel

¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que son enviados a ti! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como junta la gallina a sus polluelos debajo de sus alas, y no quisiste! (Lucas 13:34).

No faltan versos de desamor en la literatura en español. En su poesía veinte (XX) de sus *Veinte poemas de amor*, el poeta chileno Pablo Neruda nos habla del amor que una vez existió entre dos amantes. Fue un amor mutuo, pero también un amor corto. El amante trató de preservar a su amada, pero al fin la perdió. Reza el poeta la intención frustrada del amante: “... Mi alma no se contenta con haberla perdido. Como para acercarla mi mirada la busca. Mi corazón la busca, y ella no está conmigo”.

La narrativa bíblica describe la relación entre Dios y su pueblo Israel como el amor de un esposo fiel por su esposa infiel. A pesar del rechazo de su esposa, de su infidelidad con otros dioses, Dios no se contenta con perderla, sino que la busca.

Dios también es como la madre que no deja de amar a su hijo infiel aunque éste la olvide (Isaías 49:15). Por eso, durante toda su historia, Dios envía profetas a Israel, su hijo infiel, para llamarlo al arrepentimiento y que se vuelva a Él. Finalmente, envía a su propio Hijo a su pueblo para morir por sus pecados. Pero el pueblo lo rechaza como lo hicieron con los profetas: “*¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que son enviados a ti! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como junta la gallina a sus polluelos debajo de sus alas, y no quisiste!*” (v. 34).

A pesar de nuestra infidelidad, el amor de Dios es fiel. Su incansable amor se ha manifestado en la persona y obra de su Siervo Jesús, quien va a Jerusalén a morir en la cruz para cargar sobre sí nuestros pecados. Todos son amados por Dios, y los que ponen su fe en el enviado de Dios gozan de la certeza de que él provee la salvación y los protege como polluelos debajo de las alas de su madre la gallina.

Oremos: *Amado Padre, gracias por tu fidelidad y por la fidelidad de tu Hijo Jesús. Amén.*

Para reflexionar

- ¿Qué rechazos has experimentado en tu vida?
- ¿De qué formas ha manifestado Dios su fidelidad en tu vida?

Profesor Leopoldo Sánchez

Vemos lo que otros no ven

No los dejaré huérfanos; vendré a ustedes. Dentro de poco, el mundo no me verá más; pero ustedes me verán; y porque yo vivo, ustedes también vivirán (Juan 14:18-19).

Ser huérfano es algo que nunca experimenté. Tuve una familia con papá y mamá hasta que ellos estaban ya bien entrados en años. Tampoco conocí en mi pequeña ciudad un orfanato como para darme una idea de lo que es ser huérfano. Sí sé que es algo doloroso. He leído sobre la orfandad y he conocido a personas que han ido a buscar niños a los orfanatos para adoptarlos. Pareciera que en el mundo hay más huérfanos que padres que los puedan o quieran adoptar.

En tiempos de Jesús, quedar huérfano significaba llevar desde pequeños una vida al desamparo casi completo. Hacía unos tres años que Jesús había llamado a sus discípulos. El grupo se había convertido en una familia. Viajaban juntos, aprendían juntos, comían y dormían en el mismo lugar. Pero desde que Jesús los llamó, les aclaró que en algún momento él se iba a ir. Específicamente, que se volvería al Padre. En este último discurso Jesús enfatiza su partida, pero los prepara también para su ausencia.

‘No los dejaré huérfanos. No los dejaré desamparados. No necesitarán a nadie que los recoja y les dé un hogar porque yo volveré a ustedes.’ Después de la muerte y resurrección de Jesús, solo los seguidores de Cristo estuvieron con él. Lo vieron, lo tocaron, comieron con él. Aún hoy el mundo no puede ver a Jesús, porque para verlo como Salvador tiene que obrar el Espíritu Santo.

En estos tiempos, los creyentes podemos escuchar a Jesús en su Palabra y verlo en acción en el Bautismo y en la Santa Cena y en las obras de caridad de los hermanos. El mundo incrédulo no lo puede ver, pero los cristianos lo vemos porque él está entre nosotros y en nosotros. No estamos huérfanos. Y porque lo vemos, podemos mostrar a Jesús.

Oremos: *Gracias, Jesús, por volver a nosotros para pastorearnos hasta el final. Amén.*

Para reflexionar

- En un mundo que no conoce al Padre celestial, ¿qué puedes hacer para mostrarlo?
- ¿Cómo ves a Jesús? ¿Cómo experimentas su presencia?

Rev. Héctor Hoppe

El inocente sufre el castigo

Pilato convocó a los principales sacerdotes, y a los gobernantes y al pueblo, y les dijo: «Ustedes me han presentado a este hombre como a un perturbador del pueblo, pero lo he interrogado delante de ustedes, y no lo he hallado culpable de ninguno de los delitos de los que ustedes lo acusan. Se lo envié a Herodes, y tampoco él lo ha hallado culpable. Por tanto, este hombre no ha hecho nada que merezca la muerte. Voy a castigarlo, y después de eso lo dejaré libre» (Lucas 23:13-16).

Imagina a Jesús, de pie frente a Pilato y Herodes, rodeado por una multitud que lo juzga. Su mirada, llena de amor y compasión, penetra en los corazones de aquellos que lo observan. Aunque declarado inocente, él acepta el camino del sufrimiento con una humildad asombrosa.

Jesús no fue castigado por su propia maldad, sino por nuestras debilidades y pecados. En ese instante, Jesús se convierte en lo que Isaías describe como: “*el hombre ... más experimentado en el sufrimiento*” (Isaías 53:3b), cargando con la culpa que no le pertenecía.

La cruz, repulsiva y pesada, cae sobre Jesús. El peso de nuestros errores, nuestras rebeliones, cae sobre sus hombros. ¿Cómo puede un ser humano soportar tal carga? Pero Jesús lo hace por amor. Sobre él recae el castigo que merecíamos, y su sufrimiento nos trae reconciliación con Dios. Su sacrificio nos ofrece perdón y paz. En ese momento, la eternidad se cruza con el tiempo, y la gracia fluye libremente.

Jesús no solo es declarado inocente por los hombres, sino también por el Padre celestial. Su sangre, derramada en la cruz, lava nuestros pecados. Él toma nuestra culpa y nos ofrece su justicia. En ese instante, el cielo y la tierra se encuentran, y la salvación se hace realidad para todos los que creen en Él.

Oremos: *Querido Jesús, gracias por cargar con nuestros pecados y sufrir el castigo en nuestro lugar. Ayúdanos a comprender el precio de nuestra paz y a vivir en gratitud por tu sacrificio. Amén.*

Para reflexionar

- ¿Qué significa para tu vida que Jesús sufrió el castigo que tú merecías?
- ¿Cómo puedes vivir una vida de agradecimiento?

Abigail Ramírez

La gracia que desafía las barreras

Los fariseos y los escribas comenzaron a murmurar, y decían «Éste recibe a los pecadores, y come con ellos» (Lucas 15:2).

El día de hoy encontramos un relato que nos muestra la interacción de Jesús con los fariseos y los maestros de la ley, quienes se sentían indignados por la forma en que Jesús se relacionaba con personas a quienes ellos consideraban “impuras”. Pero ¿por qué tanta controversia?

Los fariseos y los maestros de la ley eran conocidos por su celo en cumplir la ley dada por Dios en el Antiguo Testamento. No solo seguían las normas básicas, sino que también evitaban cualquier situación o persona que pudiera “contaminarlos” y practicaban rituales de purificación para mantenerse limpios según las prescripciones legales. Sin embargo, en su búsqueda de pureza, a menudo perdían de vista el corazón de la ley. Olvidaban que la esencia de la ley no radicaba en el cumplimiento externo de normas, sino en amar a Dios y al prójimo.

En contraste, Jesús no se preocupaba tanto por las apariencias externas ni por las reglas meticulosas de pureza. Su enfoque estaba en algo más profundo, en la gracia y la misericordia de Dios. Es por ello que se arriesgaba a “contaminarse” al relacionarse con personas a quienes la sociedad consideraba impuras. Jesús tocaba a los afectados por la lepra, compartía momentos con pecadores y no se preocupaba por las restricciones impuestas por los fariseos. ¿Por qué? Porque su misión era diferente. Él vino para ofrecer salvación a los pecadores, para mostrarles que Dios los ama incondicionalmente.

En lugar de alejarse de los necesitados, Jesús se acercaba a ellos. Su amor trascendía las barreras religiosas y sociales. A través de sus acciones, enseñaba que la verdadera pureza no se encuentra en la observancia meticulosa de rituales, sino en el amor compasivo hacia los demás.

Oremos: *Amado Señor, en tu inmensidad y pureza no temes mancharte con mi fragilidad y pecado. Tu amor inquebrantable me envuelve y, en gratitud, anhelo compartir esa misma compasión con otros. Que mi vida sea un reflejo de tu sacrificio y amor. Amén.*

Para reflexionar

- ¿A qué personas te cuesta acercarte por temor a “contaminarte”?
- ¿De qué maneras puedes mostrarles el amor de Dios?

Cristian Morales

El amor que busca

¿O qué mujer, si tiene diez monedas y pierde una de ellas, no enciende la lámpara, y barre la casa, y busca con cuidado la moneda, hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, reúne a sus amigas y vecinas, y les dice: "¡Alégrense conmigo, porque he encontrado la moneda que se me había perdido!" Yo les digo a ustedes que el mismo gozo hay delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente» (Lucas 15:8-10).

Imagina por un momento a esa mujer. Sus pasos son apresurados, su corazón late con ansiedad. En la obscuridad de su hogar, busca desesperadamente. Cada rincón, cada sombra, se convierte en un refugio de esperanza. Enciende una lámpara, y su luz parpadeante ilumina los rincones olvidados. El polvo se agita bajo la escoba mientras barre con determinación. ¿Qué busca? ¿Qué tesoro anhela encontrar?

Así es como Dios nos busca a nosotros, sus hijos perdidos. En medio de nuestras noches oscuras, cuando el pecado nos envuelve como una niebla densa, Él no se queda de brazos cruzados. Nos sigue incansablemente, como un pastor que busca a la oveja extraviada. No importa cuán lejos hayamos ido, cuán profundo sea el abismo en el que nos encontramos, Dios no nos abandona. Su amor es más grande que nuestras faltas, su gracia más amplia que nuestros errores.

Jesús, la luz del mundo, brilla en medio de la densidad de nuestra oscuridad. Su amor es como un faro que atraviesa las sombras más profundas de nuestra vida. Penetra en los rincones más oscuros de nuestro corazón, allí donde guardamos secretos, donde se esconden las heridas y las culpas. No hay pecado demasiado grande, ni fracaso demasiado abrumador para su gracia redentora.

Nos sentimos solos, pero Él está allí. Nos alejamos, pero Él nos sigue. Nos perdemos, pero Jesús no deja de buscarnos. Como la lámpara en manos de la mujer buscadora, su luz nos guía de vuelta a casa. No importa cuán lejos hayamos ido, cuán perdidos nos sintamos, Él no dejará de buscarnos.

Oremos: Querido Señor, gracias por no rendirte conmigo y buscarme aun en la más densa oscuridad. Amén.

Para reflexionar

- ¿Alguna vez se te perdió algo de mucho valor? ¿Cómo te sentiste?
- ¿Cómo crees que se siente Dios cuando nosotros nos perdemos?

Cristian Morales

El Rey guarda silencio

Pero, aunque Herodes le hacía muchas preguntas, Jesús no respondía nada... Entonces Herodes y sus soldados lo humillaron y se burlaron de él, y lo vistieron con una ropa muy lujosa, después de lo cual Herodes lo envió de vuelta a Pilato (Lucas 23:9,11).

En nuestra lectura del día de hoy, se despliega una ironía trascendental. Herodes, el monarca, experimenta un regocijo al contemplar a Jesús, pero no por razones espirituales. Su interés no yace en conocer al Mesías ni en comprender su mensaje divino. Él anhela presenciar un espectáculo sobrenatural, una señal milagrosa que confirme los rumores que ha escuchado. Sin embargo, Jesús permanece en silencio ante sus preguntas. No se somete a la manipulación ni a la vanidad del rey terrenal.

Aquí se cumple lo que el profeta Isaías escribió: *"Será llevado al matadero como un cordero; y como oveja delante de sus trasquiladores, se callará y no abrirá su boca"* (Isaías 53:7).

La burla y la humillación que Jesús enfrenta son profundamente dolorosas. Lo visten con ropas lujosas, una parodia de la realeza, ¡realeza que él verdaderamente posee como Hijo de Dios! Herodes y sus soldados, cegados por su ignorancia, se burlan de su identidad celestial sin percatarse de que están tratando al Rey de reyes con desprecio.

Pilato y Herodes, enemigos previos, se reconcilian en ese día. Sin embargo, su amistad temporal no altera la verdad inmutable: ambos declaran la inocencia de Jesús, pero no creen en él. La ironía persiste como un eco en el vasto desierto: aquellos que deberían reconocer al Salvador lo rechazan, mientras que los humildes y los quebrantados de corazón encuentran en él la esperanza y la redención.

Oremos: Señor Jesús, ayúdanos a reconocerte como el Rey verdadero, más allá de las apariencias y las expectativas humanas. Que nuestra fe no dependa de señales milagrosas, sino de la certeza de tu amor y sacrificio en la cruz. Amén.

Para reflexionar

- ¿Qué es lo que te motiva a seguir a Jesús?
- Si no existiera la garantía de algún milagro ¿aun así lo seguirías?

Abigail Ramírez

Jesús, el inocente cargador de culpa

Allí comenzaron a acusarlo. Decían: «Hemos encontrado que éste subvierte a la nación, que prohíbe pagar tributo al César, y que dice que él mismo es el Cristo, es decir, un rey.» Pilato le preguntó: «¿Eres tú el Rey de los judíos?». Jesús le respondió: «Tú lo dices.» Pilato dijo entonces a los principales sacerdotes, y a la gente: «Yo no encuentro delito alguno en este hombre» (Lucas 23:2-4).

Hoy nos encontramos con un momento trascendental en la vida de Jesús. Los líderes religiosos, celosos de su influencia y temerosos de su mensaje, llevaron a Jesús ante Pilato, el gobernador romano. Imaginemos por un momento la escena... El aire cargado de tensión, los ojos juiciosos de los acusadores, y Jesús sereno y majestuoso, soportando las falsas acusaciones. Pilato, intrigado por este hombre de mirada penetrante, lo interrogó. Pero, en un giro sorprendente, declaró: "Yo no encuentro delito alguno en este hombre". ¿Cómo podía ser? ¿Cómo podía el Justo ser considerado culpable por aquellos que no entendían su divina misión?

Jesús, en su infinita sabiduría, no solo cargó con nuestros pecados en la cruz, sino también con nuestras dudas y luchas internas. En esos momentos oscuros cuando sentimos que Dios está en silencio, cuando nuestras oraciones parecen rebotar en el cielo, recordamos que Jesús también enfrentó la incomprensión y la aparente ausencia divina. Él es nuestro abogado defensor, intercediendo por nosotros ante el Padre.

Los líderes religiosos insistieron en sus acusaciones, pero Pilato y Herodes reconocieron su inocencia. A veces nosotros también nos aferramos a nuestras percepciones erróneas y no vemos la verdad. Pero Jesús, el Inocente, permaneció firme en su amor por nosotros. Su gracia es suficiente para cubrir todas nuestras faltas, incluso cuando enfrentamos dificultades y acusaciones injustas.

Cuando las tormentas amenacen con oscurecer nuestra fe, recordemos a Jesús, el Salvador que llevó nuestras culpas a la cruz y nos ofrece perdón y redención.

Oremos: Querido Señor, ayúdame a confiar en ti aun en los momentos más difíciles. Amén.

Para reflexionar

- ¿Alguna vez has sentido que Dios no comprende tu situación?
- ¿Has tenido luchas internas que te han hecho cuestionar el amor de Dios?

Abigail Ramírez

Ten compasión de mí

En su camino a Jerusalén, Jesús pasó entre Samaria y Galilea. Al entrar en una aldea le salieron al encuentro diez leprosos, los cuales se quedaron a cierta distancia de él, y levantando la voz le dijeron: «¡Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros!» Cuando él los vio, les dijo: «Vayan y preséntense ante los sacerdotes.» Y sucedió que, mientras ellos iban de camino, quedaron limpios (Lucas 17:11-14).

En ese cruce de caminos entre Samaria y Galilea, diez almas afligidas se encontraron con la esperanza en persona. Los leprosos, marcados por la enfermedad y el rechazo, se atrevieron a alzar sus voces: "¡Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros!" Sus palabras resonaron en el aire, atravesando la distancia que los separaba de aquél que podía cambiar sus vidas.

Y Jesús, el Salvador, no los ignoró ni los rechazó, sino que les dio una instrucción aparentemente simple: "Vayan y preséntense ante los sacerdotes". En obediencia comenzaron su camino hacia los sacerdotes, y en ese proceso ocurrió el milagro: mientras caminaban, sus cuerpos se sanaron. La lepra desapareció y la piel se volvió limpia y nueva.

Aquí podemos comprobar cómo la compasión de Jesús trasciende las barreras físicas y emocionales. Él ve más allá de la piel manchada y las heridas visibles. Su amor penetra en lo más profundo de nuestro ser. Cuando clamamos a él con todo nuestro ser, él nos responde. A veces, la respuesta puede ser una simple instrucción: "Ve y preséntate ante los sacerdotes". Pero en la obediencia encontramos sanidad y restauración.

Si hoy te sientes marginado, solo o herido, recuerda que Jesús está cerca. Clama a él con todas tus fuerzas: "¡Ten compasión de mí!" Confía en que su amor y poder pueden transformar tu vida. Así como los leprosos experimentaron sanidad, tú también puedes experimentar su gracia y compasión.

Oremos: Querido Jesús, gracias por tu compasión inagotable. Escucha mis clamores y necesidades. Sana mis heridas y lléname de tu amor. Ayúdame a obedecer tus instrucciones y a confiar en tu poder transformador. En tu nombre. Amén.

Para reflexionar

- ¿A quién acudes cuando te sientes solo y abandonado?
- ¿De qué manera Dios se hace presente en medio de tu soledad?

Cristian Morales

El camino a la cruz y la resurrección

«Como pueden ver, ahora vamos camino a Jerusalén. Allí se cumplirá todo lo que los profetas escribieron acerca del Hijo del Hombre. Éste será entregado a los no judíos, los cuales se burlarán de él, lo insultarán y le escupirán, y después de azotarlo, lo matarán. Pero al tercer día resucitará» (Lucas 18:31b-33).

El aire estaba cargado de tensión, y aunque el sol brillaba sobre el camino polvoriento, Jesús sabía que el momento crucial había llegado. Junto con sus discípulos Jesús se dirigía a Jerusalén, sabiendo que su destino era la cruz. Anteriormente Jesús ya había predicho su muerte. Pero ahora, camino a Jerusalén, volvió a recordarles a sus discípulos lo que le esperaba. “Seré entregado a los gentiles”, les dijo. “Me humillarán, me confrontarán y me escupirán. Y después de azotarme, me matarán”. Sus palabras, pesadas como piedras, resonaron en el aire.

Sin embargo, en medio de la oscuridad, Jesús también afirmó su resurrección. “Al tercer día, resucitaré”, declaró con firmeza. La cruz no será el final de su historia. La tumba no podrá detenerlo. La victoria sobre la muerte está cada vez más cerca.

Pero los discípulos no lograban entender lo que su maestro les decía. Estaban tan enfocados en su muerte, que se olvidaban de que Jesús iba a resucitar. Las palabras les parecían misteriosas, como si estuvieran cubiertas por un velo. No sería hasta después de que todos estos acontecimientos pasaran que los discípulos por fin lograrían entenderlos.

Mientras tanto, Jesús y sus discípulos continuaban con el sol en sus rostros y la sombra de la cruz a sus espaldas. Los discípulos no comprendían, pero Jesús seguía adelante. La resurrección estaba a la vuelta de la esquina, y solo cuando lo vieran resucitado cara a cara, entenderían completamente el propósito de su misión redentora.

Oremos: Señor Jesús, gracias por tu sacrificio en la cruz y por tu victoria sobre la muerte. Ayúdanos a comprender la profundidad de tu amor y a vivir en la esperanza de la resurrección. Amén.

Para reflexionar

- ¿Por qué crees que los discípulos se enfocaron tanto en la muerte y pasaron por alto las palabras de Jesús sobre la resurrección?
- ¿Cómo podemos aplicar la esperanza de la resurrección en nuestras propias vidas?

Cristian Morales

La ceguera espiritual y la verdad inalcanzable

Entonces ellos dijeron: «¿Qué más pruebas necesitamos? ¡Nosotros mismos las hemos oído de sus propios labios!» (Lucas 22:71).

En el oscuro recinto del juicio, los líderes religiosos se congregan como sombras inquietas. Sus togas, elegantes y rígidas, ocultan corazones endurecidos por siglos de tradición. El aire está cargado de miedo, como si el mismo tiempo se detuviera para presenciar un momento trascendental. Jesús, el Hijo del Hombre, está allí, su mirada penetrante atravesando las máscaras de hipocresía. Los ancianos, los escribas, los fariseos: todos ellos representan una historia de anhelo y espera. Desde los días de Abrahán hasta los profetas, el pueblo elegido ha suspirado por el Mesías. Pero ahora, en esta encrucijada de la historia, la ceguera espiritual se ha apoderado de ellos. ¿Cómo es posible? ¿Cómo pueden estar tan cerca de la verdad y, sin embargo, tan lejos? Jesús camina entre ellos, sus palabras como llamas que queman las telarañas de la ignorancia. Realiza milagros, desafía las normas, pero sus corazones permanecen cerrados. La luz de la revelación choca con las murallas de su incredulidad.

Los líderes religiosos hacen preguntas, pero no para aprender, sino para acusar. Sus bocas son dagas afiladas, sus intenciones oscuras como la noche. No quieren ver. No quieren creer. Prefieren la comodidad de sus tradiciones, la seguridad de su poder. La verdad es incómoda, peligrosa. Y así, en su ceguera, se convierten en jueces y verdugos.

Nosotros también podemos ser como ellos. Nuestros prejuicios, nuestro orgullo, nuestros pecados: todos ellos pueden nublar nuestra visión espiritual. A veces la verdad está frente a nosotros, pero preferimos mantener los ojos cerrados. ¿Estamos dispuestos a abrir nuestros corazones? ¿A ver más allá de lo que creemos saber?

En este juicio, no hay pruebas suficientes para aquellos que no quieren ver. Solo hay un Salvador, parado ante ellos, con los brazos extendidos. La pregunta persiste: ¿Abrirán los ojos y reconocerán al Mesías, o seguirán en su ceguera, condenándose a sí mismos?

Oremos: Querido Señor Jesús, abre nuestros ojos para siempre reconocer tu verdad. Amén.

Para reflexionar

- ¿Qué cosas pueden nublar tu visión espiritual?
- ¿Qué necesitas hacer para abrir tu corazón al evangelio de Jesucristo?

Abigail Ramírez

Golpes visibles y ocultos

Los hombres que custodiaban a Jesús se burlaban de él y lo golpeaban (Lucas 22:63).

En las sombrías horas de la noche, Jesús enfrentó la crueldad de los hombres que lo custodiaban. Sus ojos vendados, su rostro marcado por los golpes y su cuerpo exhausto, soportó la violencia física sin resistirse. Los guardias, cegados por su propia maldad, no se dieron cuenta de que estaban golpeando al Hijo de Dios, al Salvador del mundo. Los moretones y las heridas visibles en su piel eran el precio que pagaba por nuestra redención.

Pero hay más en esta historia de lo que se ve a simple vista. Más allá de los golpes físicos, Jesús también llevaba en su corazón las heridas ocultas. Estas no eran visibles para los ojos humanos, pero eran profundas y dolorosas. ¿Qué eran esos golpes ocultos? Eran los golpes del rechazo. La creación que él mismo había formado, aquellos por los que venía a entregar su vida, también contribuyeron a su sufrimiento. Nosotros, como parte de esa creación, también fuimos culpables. Nuestros pecados, nuestras palabras hirientes, nuestra falta de honor hacia él, todo eso dejó cicatrices en su corazón. El Creador herido por su propia creación.

Y luego estaban las burlas. Las burlas que nosotros merecíamos, él las recibió en su totalidad. Aquel que había sido acusado de blasfemia ahora era blasfemado. Pero en su amor incomprensible, Jesús eligió llevar nuestros pecados al madero. Tomó sobre sí mismo la carga de nuestra rebelión, para que pudiéramos ser reconciliados con Dios.

Hoy día, nosotros también podemos burlarnos de Jesús, cuando no le damos el honor que por derecho le corresponde como Hijo de Dios, cuando no valoramos su sacrificio, cuando vivimos como si su amor no importara. ¡Pero recordemos su sufrimiento, su gracia y su perdón! Honremos a Jesús con nuestras palabras, acciones y corazones. Que su amor insondable nos inspire a vivir en gratitud y reverencia hacia aquel que soportó golpes visibles y ocultos por nosotros.

Oremos: *Querido Señor, gracias por soportar los golpes que mi pecado te causó. Ayúdame a vivir una vida llena de gratitud. Amén.*

Para reflexionar

- ¿Están tus acciones honrando o deshonrando a Dios?
- ¿Cómo puedes vivir una vida que honre a Dios?

Abigail Ramírez

El lamento de Jesús por Jerusalén

Ya cerca de la ciudad, Jesús lloró al verla, y dijo: «¡Ah, si por lo menos hoy pudieras saber lo que te puede traer paz! Pero eso ahora está oculto a tus ojos (Lucas 19:41-42).

Había llegado el momento. Jesús, montado en un humilde burrito, se acercaba a Jerusalén. La multitud lo recibió con alegría, agitando palmas y gritando a gran voz “bendito el que viene en el nombre del Señor”. Era la entrada triunfal de su Rey, el Mesías esperado. Pero en medio de la celebración, algo en el corazón de Jesús se quebró. Sus discípulos, emocionados, acompañaban a su maestro. La gente saltaba de gozo, aclamándolo como el Salvador. Sin embargo, Jesús no podía unirse a la celebración. Al ver a lo lejos la ciudad de Jerusalén, comenzó a llorar.

“¡Como quisiera que hoy tú, entre todos los pueblos, entendieras el mensaje de la paz!”, susurró Jesús. Pero él sabía que la paz que traía no era la paz efímera de una victoria temporal. Era la paz eterna, la reconciliación con Dios. Sin embargo, Jerusalén estaba ciega. No veían más allá de la superficie, y no pudieron reconocer a Dios mismo que caminaba entre ellos.

Pero Jesús sí veía más allá del momento presente. Veía los días oscuros que se avecinaban. La misma multitud que ahora lo aclamaba gritaría por su crucifixión. Uno de sus discípulos lo traicionaría, otro lo negaría tres veces. Los demás lo abandonarían.

En medio de su llanto, Jesús oró. Oró por Jerusalén, por cada alma perdida, pidiendo que sus ojos se abrieran, que reconocieran que el Salvador del mundo había llegado. Pero el velo seguía cubriendo sus corazones.

También nosotros hoy necesitamos mirar más allá de lo evidente y no quedarnos en la superficie de las cosas, sino buscar la verdad profunda. Porque Jesús sigue llamando a nuestras puertas, ofreciendo la paz que trasciende todo entendimiento.

Oremos: *Querido Señor, abre nuestros ojos para que podamos ver a tu Hijo Jesucristo, nuestro Salvador, que se entregó a la muerte por amor a nosotros. Amén.*

Para reflexionar

- ¿Cómo te sientes al imaginar a Jesús llorando por Jerusalén?
- ¿En qué áreas de tu vida podrías estar ciego o insensible a la presencia de Dios?

Cristian Morales

Escuchar tu voz

Después Jesús entró en el templo, y comenzó a echar de allí a todos los que vendían y compraban. Les decía: «Escrito está: “Mi casa es casa de oración.” ¡Pero ustedes han hecho de ella una cueva de ladrones!» (Lucas 19:45-46).

En el Antiguo Testamento, Dios había designado a los sacerdotes como mayordomos para cuidar el templo. Su deber principal era proclamar la palabra de Dios y mantener la paz en el lugar sagrado, permitiendo que las personas se acercaran para escuchar la proclamación de la Palabra y elevaran sus oraciones. Sin embargo, con el paso del tiempo, estos mayordomos olvidaron su responsabilidad y se corrompieron por el dinero, permitiendo que se llevaran a cabo negocios en los pasillos del templo. Las monedas tintineaban, las palomas se vendían, los comerciantes regateaban y las palabras sagradas se ahogaban en el bullicio de las transacciones.

Entonces un día Jesús entró en el templo y vio a los gentiles luchando por escuchar su Palabra. Pero los gritos de los comerciantes los sofocaban. En ese instante la ira ardió en el corazón de Jesús. Sin titubear, se dirigió al patio central. Allí, entre las mesas de cambio y los puestos de ofrendas, encontró lo que necesitaba. Con manos firmes trenzó un látigo, y con un grito que retumbó en las paredes expulsó a todos los comerciantes del templo. Las monedas volaron, las palomas escaparon y los vendedores huyeron. El templo quedó en silencio, como si la misma tierra contuviera la respiración.

Jesús miró a los gentiles, ahora libres para escuchar. “Mi casa es casa de oración”, dijo con voz firme. “No permitiré que se convierta en un mercado”. La paz volvió a inundar los pasillos. La Palabra de Dios resonó con claridad. Y así, nuestro Señor Jesucristo purificó el templo, regresándolo a su propósito original: ser una casa de oración donde se proclame su Palabra.

Oremos: Querido Señor, ayúdanos a recordar siempre la importancia de escuchar tu voz por encima del bullicio del mundo. Amén.

Para reflexionar

- Si los líderes sacerdotes y maestros de la ley eran tan rigurosos, ¿por qué crees que permitieran que se hicieran negocios en el templo?
- ¿Qué ruidos te impiden escuchar la voz de Dios?

Cristian Morales

Fe puesta a prueba

En ese mismo instante el Señor se volvió a ver a Pedro ... Enseguida, Pedro salió de allí y lloró amargamente (Lucas 22:61a-62).

Pedro está en el patio, rodeado de personas hostiles. Su maestro Jesús, ha sido arrestado, y la causa por la que Pedro luchaba parece haber llegado a su fin. En ese momento el miedo se apodera de su corazón. ¿Qué está pasando? ¿Por qué todo parece desmoronarse?

Entonces, alguien lo señala y dice: “¡Tú también eres uno de ellos!” Y Pedro, en su angustia y temor, niega a Jesús no una vez, sino tres veces. Entonces el gallo canta, y la mirada de Jesús se cruza con la de Pedro. El peso de su traición cae sobre él, y la roca se tambalea.

¿Cómo pudo suceder esto? Pedro, el valiente, el leal, el que estaba dispuesto a morir por su Señor, ahora se siente como un cobarde. Las lágrimas amargas fluyen al darse cuenta de su gran error. No solo ha negado a su maestro, sino también a su amigo.

Pero aquí está la belleza de esta historia: Jesús no abandona a Pedro. Después de su resurrección, Jesús busca a Pedro en la playa y le pregunta tres veces: “¿Me amas?” Y Pedro, restaurado y perdonado, se convierte en un pilar de la iglesia primitiva. La roca, aunque tambaleada, no se rompe. Su fe es fortalecida, y su amor por Jesús se profundiza.

¿Cuántas veces ha tambaleado nuestra fe? Como Pedro, enfrentamos momentos de miedo, duda y debilidad. Pero la gracia de Jesús es suficiente para restaurarnos. Aunque caigamos podemos levantarnos nuevamente, porque nuestra fe no se basa en nuestra perfección, sino en la fidelidad de aquel que es la verdadera Roca inquebrantable.

Recordemos que incluso cuando nos sentimos como rocas tambaleantes, Jesús está con nosotros pronto a restaurarnos. Lloremos nuestras fallas, pero también aceptemos su gracia. Como Pedro, podemos encontrar perdón y propósito en el amor de nuestro Salvador.

Oremos: Querido Jesús, gracias por tu gracia inmerecida. Perdónanos cuando tambaleamos en nuestra fe y negamos tu nombre. Restáuranos y ayúdanos a seguirte con valentía. En tu nombre. Amén.

Para reflexionar

- ¿Qué cosas o situaciones hacen tambalear tu fe?
- ¿Qué puedes hacer para fortalecerla?

Abigail Ramírez

La luz vence la oscuridad

Pero ésta es la hora de ustedes, la hora del poder de las tinieblas (Lucas 22:53b).

En el oscuro silencio de la noche, Jesús se encuentra en el jardín de Getsemaní. Las luces de las antorchas parpadean y el aire está cargado de traición y miedo. Los principales sacerdotes, los jefes de la guardia del templo y los ancianos se acercan, armados como si enfrentaran a un criminal. Pero Jesús no se esconde ni huye. Él se presenta ante ellos, firme y sereno. En medio de la oscuridad, Jesús pregunta: *“¿Han venido con espadas y palos, como si fuera yo un ladrón? ... Pero ésta es la hora de ustedes, la hora del poder de las tinieblas”*.

La oscuridad se cierra sobre Jesús. Satanás, astuto y vengativo, envía a sus seguidores para arrestarlo. La noche se convierte en un escenario de conflicto cósmico. Las fuerzas de las tinieblas se alzan contra la Luz del mundo.

Pero aun en medio de esa oscuridad, Dios está en control. Él usa la traición, la misma noche que se cierne sobre Jesús, para vencer las tinieblas. En esa noche oscura, la cruz se perfila en el horizonte, y la Luz eterna se prepara para brillar. Jesús, el Cordero de Dios, carga con nuestros pecados y vence el poder de las tinieblas. Su sacrificio trae luz perdurable a nuestras almas.

Hoy, en medio de nuestras noches oscuras, recordemos que la Luz siempre prevalece. Aunque las tinieblas nos rodeen, Dios está obrando detrás de escena. La traición y el sufrimiento no son el final de la historia. La resurrección está en camino. La Luz de Cristo disipa las sombras y nos guía hacia la esperanza. Así que, cuando enfrentemos nuestras horas de tinieblas, miremos a Jesús. Él es nuestra Luz en la noche de traición. Su amor nos sostiene, su gracia nos transforma y su resurrección nos llena de vida.

Oremos: *Querido Señor, que tu Luz brille en nuestros corazones mientras caminamos hacia la vida eterna. Amén.*

Para reflexionar

- ¿Cómo haces para ver a Cristo en medio de la oscuridad?
- ¿De qué maneras compartes esta Luz con quienes están perdidos en la oscuridad?

Abigail Ramírez

¿Y a ti quién te dio permiso?

Un día, mientras Jesús estaba en el templo enseñando al pueblo y anunciándoles las buenas noticias, llegaron los principales sacerdotes y los escribas, junto con los ancianos, y le preguntaron: «¿Con qué autoridad haces todo esto? ¿Quién te ha dado esta autoridad?» (Lucas 20:1-2).

En el corazón mismo del templo, donde la Palabra de Dios es proclamada, Jesús enseñaba a su pueblo. Un acontecimiento único y especial: Dios mismo, sin intermediarios, hablaba directamente a su pueblo. Su presencia resonaba en los muros antiguos, y su voz llevaba consigo una autoridad que desafiaba las tradiciones y las estructuras religiosas establecidas.

Pero en lugar de alegrarse, los líderes religiosos estaban invadidos por los celos, porque veían a Jesús no como el Mesías prometido, sino como alguien que amenazaba su autoridad, posición y poder. Ellos no estaban interesados en aprender de Jesús, sino que querían cuestionar su autoridad. ¿Quién le había dado permiso para enseñar en el templo? ¿Por qué no seguía los protocolos establecidos por los líderes religiosos?

Sin embargo, Jesús no se sometió a sus juegos políticos. En lugar de revelar directamente su autoridad, les recordó que él también tenía preguntas sin respuesta: *“El bautismo de Juan, ¿era del cielo, o de este mundo?”* pregunta que los líderes se negaron a responder. En este momento Jesús muestra su autoridad, la cual no se basa en títulos humanos o aprobación oficial, sino en su conexión con el Padre celestial.

Nosotros también enfrentamos este tipo de preguntas. ¿A quién seguimos? ¿En qué basamos nuestra fe? Jesús nos invita a reconocer su autoridad divina y a escuchar su voz por encima de cualquier otra.

Oremos: *Querido Señor Jesucristo, danos fe para que nuestra respuesta sea un firme “Sí” ante tu autoridad. Tú, que eres la luz de este mundo, guíanos en medio de la obscuridad. Amén.*

Para reflexionar

- ¿Por qué crees que los líderes religiosos se sintieron amenazados por la autoridad de Jesús?
- ¿Qué significa para ti reconocer la autoridad divina de Jesús y escuchar su voz por encima de cualquier otra?

Cristian Morales

El viñedo de esperanza

Pues irá y matará a esos labradores, y dará su viña a otros.» Al oír esto, la gente exclamó: «¡Dios nos libre!» Pero Jesús los miró fijamente y les dijo: «¿Qué significa esta escritura que dice: »"La piedra que desecharon los constructores ha venido a ser la piedra angular?" Todo el que caiga sobre esa piedra, se hará pedazos; y si ella cae sobre alguien, lo aplastará por completo.» (Lucas 20:16-18).

Había una vez un viñedo hermoso que pertenecía a un hombre sabio. No era un viñedo común, sino que era el corazón mismo de una nación: Israel. El dueño confió su viñedo a unos arrendatarios, líderes religiosos que debían cuidarlo y cultivarlo con esmero, hasta que él regresara. Periódicamente el dueño enviaba a sus siervos para inspeccionar el viñedo. Los siervos eran portadores de advertencias y palabras de amor, pero los arrendatarios no los recibían con alegría, sino que los maltrataban, los despreciaban y, en algunos casos, los mataban.

Aun así, el dueño era paciente y misericordioso. En su amor decidió enviar más siervos, profetas que clamaban en el desierto, que proclamaban justicia y los llamaban al arrepentimiento. Pero los arrendatarios persistieron en su rechazo. Con su corazón endurecido no quisieron escucharlos. Así que, poco a poco, el viñedo se marchitó y el corazón del dueño se entristeció. Entonces, en un momento crucial, el dueño tomó una decisión audaz. Enviaría a su Hijo amado. Este Hijo, era Jesús. El dueño esperaba que lo recibieran con los brazos abiertos. Pero los líderes religiosos, como los arrendatarios, tenían otros planes. Por miedo a perder su posición y poder, conspiraron contra él. Lo rechazaron, lo insultaron y finalmente lo mataron. Aquel día gris Jesús, el Hijo amado, murió por aquellos que lo rechazaron.

Pero esta no es solo una historia de rechazo. Es también una historia de esperanza. Porque Jesús, como la piedra angular, se convirtió en la base de la fe cristiana. Su sacrificio y resurrección abrieron un camino para la reconciliación entre Dios y la humanidad. A través de él, todos nosotros, como ramas de la vid, podemos encontrar vida y salvación.

Oremos: Querido Señor, ayúdame a permanecer fiel a ti. Amén.

Para reflexionar

- ¿Estarías dispuesto a soportar el rechazo por el evangelio?
- ¿A qué persona te está llamando Dios a compartir su evangelio?

Cristian Morales

¿Traición? ¿Compasión?

Cuando los que estaban con él se dieron cuenta de lo que pasaba, le dijeron: «Señor, ¿echamos mano a la espada?» Uno de ellos hirió a un siervo del sumo sacerdote, y le cortó la oreja derecha. Pero Jesús les dijo: «¡Basta! ¡Déjenlos!» Tocó entonces la oreja de aquel hombre, y lo sanó (Lucas 22:49-51).

¿Traición? ¿Compasión? ¿Acaso estas dos palabras pueden coexistir en un mismo corazón? La noche en que Jesús fue apresado, no solo enfrentó la traición de uno de sus discípulos, sino también la de un amigo cercano. La traición se selló con un beso, un gesto de confianza que se convirtió en un puñal en la espalda.

Sin embargo, Jesús no reaccionó con ira ni con deseos de venganza. No permitió que la oscuridad de la traición nublara su juicio. En lugar de eso, en medio del dolor y la angustia, eligió la compasión. Cuando Pedro, impulsado por el miedo y la lealtad mal entendida, sacó la espada y cortó la oreja de uno de los hombres que venían a arrestarlo, Jesús no respondió con violencia, sino que tocó la herida y la sanó.

Este acto de compasión nos revela la profundidad de su amor y su misericordia. Jesús no solo perdonó la traición, sino que también sanó al traidor. En ese momento, la compasión prevaleció sobre la justicia. Esa noche Jesús nos dejó un ejemplo de cómo enfrentar la traición con amor y cómo transformar la herida en sanación.

Así, en la oscuridad de la noche, Jesús, la luz del mundo, nos mostró que la compasión es más poderosa que la venganza. Que incluso cuando somos traicionados, podemos elegir el camino de la misericordia, y que la luz de la compasión puede disipar las sombras de la traición.

Oremos: Querido Señor, ayúdame a irradiar tu luz de compasión hacia todas aquellas personas que me causan dolor. Permíteme ser un reflejo de tu amor y misericordia incluso en medio de las heridas y el sufrimiento. Amén.

Para reflexionar

- ¿Cómo respondes cuando alguien cercano te traiciona?
- ¿Cómo puedes manifestar el amor de Cristo en medio de las dificultades y el dolor?

Abigail Ramírez

Nuestro Amigo fiel

Mientras Jesús estaba hablando, se hizo presente una turba, al frente de la cual iba Judas, que era uno de los doce y que se acercó a Jesús para besarle. Jesús le dijo: «Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre?» (Lucas 22:47-48).

Ha llegado el momento de que se desarrolle la traición contra Jesús, tal y como él había advertido a sus doce. ¿Quién lo traicionaría? Dice Lucas 22:47 que “era uno de los doce” que entregaría al Hijo del Hombre con un beso (v. 48). Un saludo caluroso encubría una deslealtad deliberada, y no solo para Jesús, sino también para sus discípulos. Todo lo relacionado con esa noche fue una conmoción humillante y dolorosa. ¿Cómo pudo Judas traicionar a su Maestro?

Desafortunadamente, esto sucede con demasiada frecuencia. Sin embargo, cuando pasamos por tales pruebas, podemos estar seguros de que Jesús conoce nuestro dolor y amorosamente viene a nuestro lado para consolarnos, como lo hizo después con los once. Tenemos un Amigo Fiel y Salvador en quien podemos confiar y que conoce nuestras frustraciones y nuestros corazones quebrantados. Él promete fortalecernos y estar con nosotros en nuestras horas de necesidad. Él no es ajeno al dolor y al sufrimiento. Sufrió un dolor insoportable provocado por la traición de uno de los suyos. Entonces, en nuestro dolor, acerquémonos a él y sepamos que él está allí para ayudarnos a superar nuestras horas de más profunda oscuridad y desesperación.

Oremos: *Padre celestial, la traición de parte de un ser amado deja una herida muy profunda y cortante que a veces se nos hace difícil de sanar. Jesús, sabemos que tú no eres ajeno al dolor y que por medio de tu cuerpo quebrantado tenemos esperanza para sanar cada herida. Nos acercamos a ti para recibir tu gracia y ayuda en nuestro momento de necesidad. En el nombre de Jesús, nuestro amigo fiel, SEÑOR y Salvador. Amén.*

Para reflexionar

- Si alguna vez fuiste traicionado, ¿cómo respondiste?
- ¿Qué puedes aprender de la respuesta de Jesús ante la traición de Judas?

Diaconisa Perla Rodriguez

Del corazón del hombre

Los jefes de los sacerdotes y los maestros de la Ley buscaban algún modo de acabar con Jesús, porque temían al pueblo. Entonces entró Satanás en Judas, uno de los doce, al que llamaban Iscariote. Este fue a los jefes de los sacerdotes y a los capitanes del Templo para tratar con ellos cómo les entregaría a Jesús. Ellos se alegraron y acordaron darle dinero. Él aceptó y comenzó a buscar una oportunidad para entregarles a Jesús cuando no hubiera gente (Lucas 22:2-6 NVI).

¡Traidor! Judas Iscariote traicionó a su maestro y amigo Jesucristo. Este tuvo el privilegio de caminar con Jesús durante los 3 años de su ministerio. Constantemente fue expuesto a la verdad, viviendo con el Verbo hecho carne, pero no permaneció fiel. Sólo puedo imaginarme el sufrimiento de Jesús por la traición de uno de los suyos.

El hecho de que Judas fuera incitado a hacer la voluntad de Satanás nos hace reflexionar y nos anima a examinar nuestro propio corazón. Quizás nos resulte incómodo identificarnos con Judas porque creemos que no tenemos nada en común con este traidor. ¿Es posible que seamos inducidos a cometer pecados horribles como Judas? La respuesta es ¡Sí! Judas no era un extraño, sino que era parte de la comunidad de fe. Sin embargo, por su propia humanidad caída fue descarriado para hacer la voluntad del diablo.

Proverbios 4:23 NBV dice que del corazón “brota la vida” y por eso es que nuestro adversario trata de irrumpir en nuestro corazón como lo hizo con Judas. Nuestra naturaleza pecaminosa nos insta a pecar y a desobedecer contra aquel que lo dio todo por nosotros. Cuidemos nuestro corazón aferrándonos a la Palabra de Dios, para que la semilla de la traición no eche raíz en nosotros y no caigamos en la trampa del enemigo.

Oremos: *Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo, ven y límpianos. Tú que ya venciste al diablo y al pecado al no bajarte de la cruz, guíanos al Padre y enséñanos a vivir para ti. Amén.*

Para reflexionar

- ¿Qué pecado no confesado cargas hoy?
- ¿Cómo cuidas tu corazón para no caer en pecado?

Diaconisa Perla Rodriguez

En la mesa

Llegó el día de los panes sin levadura, cuando es necesario sacrificar el cordero de la pascua. Jesús envió a Pedro y a Juan con estas instrucciones: «Vayan a preparar todo para que comamos la pascua.» Los discípulos partieron, y encontraron todo tal y como Jesús se lo había dicho, y prepararon la pascua (Lucas 22:7-8, 13).

Desde hace algún tiempo, mi esposo declaró que nuestros sábados libres serían la “Noche Familiar de Bistec”, momentos en los que nuestra familia inmediata se reúne alrededor de la mesa para orar y disfrutar de un jugoso bistec hecho por papá. Cada miembro de la familia toma su turno para hablar sobre los altibajos de la semana y le damos la oportunidad a nuestros hijos de preguntarnos cualquier cosa que quieran saber de nosotros. Disfrutamos mucho este tiempo, tanto que en una ocasión cuando papá no pudo estar en persona lo conectamos por FaceTime.

Si nuestra familia disfruta ese tiempo juntos, ¿cuánto más no habrá anhelado Jesús estar con sus doce para celebrar la pascua? Ese día era tan especial, que Jesús les dice a sus discípulos más cercanos: “Vayan a preparar todo para que comamos la pascua”. A pesar de que Jesús había celebrado la pascua por 33 años, esta sería una especial. Fueron muchas las enseñanzas de parte de Jesús alrededor de la mesa: que uno lo traicionaría, que otro lo negaría, y mucho más. Jesús los estaba preparando para su partida alrededor de una cena que no se puede comprar y que los uniría a Él para toda la vida. En esta reunión Cristo instituyó el alimento del alma, la Santa Cena, la Cena del Señor. Hoy Jesús te invita a reunirte con él y a sentarte a su mesa, para enseñarte los secretos de su corazón. No desprecies su invitación.

Oremos: Jesús, en esta cuaresma prepara nuestros corazones para recibir todo lo que tú quieras enseñarnos. En tu nombre. Amén.

Para reflexionar

- ¿De qué manera tú y tu familia aprenden juntos sobre Jesús?
- ¿Si pudieras invitar a alguien a tu casa a cenar y a charlar sobre Jesús, ¿a quién invitarías?

Diaconisa Perla Rodriguez

Empezó en Getsemaní

Cuando llegó a ese lugar, Jesús les dijo: «Oren para que no caigan en tentación.» Luego, se apartó de ellos a una distancia como de un tiro de piedra, y allí se arrodilló y oró. Y decía: «Padre, si quieres, haz que pase de mí esta copa; pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya» ... Lleno de angustia, oraba con más intensidad. Y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra. Cuando Jesús se levantó después de orar, fue a donde estaban sus discípulos, y a causa de la tristeza los halló durmiendo (Lucas 22:40-42, 44-45).

Desde su nacimiento, el destino de Jesús apuntaba hacia este jardín. Mientras en agonía oraba en Getsemaní con gotas de sudor como “de sangre que caían a la tierra”, Jesús se sometía a la voluntad divina de su Padre, que también era su voluntad como Hijo eterno de ir a la cruz.

Nunca debemos subestimar los desafíos emocionales y espirituales que Jesús enfrentó al ser rechazado, abandonado y crucificado. La batalla por nuestras almas tomó lugar tanto en Getsemaní como en la cruz. La naturaleza humana de Jesús, aunque sin pecado, experimentó toda la gama de debilidades y sufrimientos humanos, incluida la realidad de la tentación. Su oración en Getsemaní refleja el peso de su inminente sufrimiento y la aversión humana natural al dolor. Sin embargo, como el Dios-Hombre, se somete perfectamente en obediencia a la voluntad del Padre, demostrando la unidad de sus naturalezas divina y humana en la realización de la obra de salvación. Y de allí seguiría su camino hacia la humillación de la cruz. Jesús se ofreció al Padre y a nosotros estando consciente de las espantosas consecuencias que le esperaban. Getsemaní marcó sus últimos y más angustiosos momentos de deliberación. Pero en vez de huir, Jesús eligió seguir adelante por amor a nosotros.

Oremos: Padre precioso, gracias por el regalo de tu Hijo quien, aun sabiendo el sufrimiento y abandono que le esperaba, fue a la cruz por cada uno de nosotros. Jesús, gracias por tanto amor hacia un pueblo rebelde. Te bendecimos y alabamos por tu amor obediente e incondicional. Amén.

Para reflexionar

- ¿Como te impacta que Jesús pidiera un posible escape del dolor?
- ¿Qué aprendes de Cristo para cuando tienes que tomar decisiones que te traen angustias profundas?

Diaconisa Perla Rodriguez

El Siervo Sufriente

Luego Jesús les preguntó: «Cuando los envié sin bolsa, sin alforja y sin calzado, ¿les faltó algo?» Ellos respondieron: «Nada.» Entonces Jesús les dijo: «Pues ahora, el que tenga bolsa, que la tome, junto con la alforja. Y el que no tenga espada, que venda su capa y se compre una. Porque yo les digo que todavía se tiene que cumplir en mí aquello que está escrito: “Y fue contado entre los pecadores.” Porque lo que está escrito acerca de mí, tiene que cumplirse.» Ellos le dijeron: «Señor, ¡aquí hay dos espadas!» Y Jesús respondió: «¡Basta!» (Lucas 22:35-38).

Jesús estaba a punto de confrontar el rechazo, la persecución, el sufrimiento y la muerte. Sus amigos no tenían ni la menor idea de lo que estaba por suceder, aunque por los últimos 3 años les había estado diciendo lo que el Hijo del Hombre tendría que pasar.

Jesús sabía que había llegado el momento de afrontar el camino del rechazo, el sufrimiento y la muerte, y que tomaría esa copa amarga solo y abandonado. Si bien muy triste, esa realidad nos llena de esperanza y consuelo porque muestra la humanidad del Siervo Sufriente. Jesús entiende lo que es ser desolado en tiempos de necesidad por lo que, cuando sufrimos ese tipo de desafío, podemos confiar en que Jesús comprende nuestro dolor y tenemos la seguridad de que nuestro Dios jamás nos abandonará. Gracias a su sacrificio en la cruz tenemos la certeza de que no seremos descalificados por nuestros errores, sino que seremos útiles para el Reino como los fueron sus discípulos después que lo abandonaron. Es que Dios no rechaza un corazón contrito.

Oremos: *Padre Celestial, estoy profundamente afligido porque Jesús tuvo que morir por mis pecados y pagar por ellos con muerte de cruz. Pero me consuela saber que en esos momentos de prueba Él se preocupa, me comprende y me acompaña. Te alabo por tu plan de gracia, y alabo a tu Hijo y mi Salvador por su amor sacrificial. En su nombre. Amén.*

Para reflexionar

- ¿Has pensado en el precio que Jesús tuvo que pagar por nosotros?
- ¿De qué manera respondes a semejante acto de amor?

Diaconisa Perla Rodriguez

Con anticipación

Cuando llegó la hora, Jesús se sentó a la mesa y los apóstoles se sentaron con él. Entonces les dijo: «¡Cómo he deseado comer con ustedes esta pascua, antes de que padezca! Porque yo les digo que no volveré a comerla hasta su cumplimiento en el reino de Dios» (Lucas 22:14-16).

La Navidad pasada, mi esposo invitó a casa a su amigo y familia a compartir en nuestra reunión navideña anual. El motivo principal de la invitación fue porque la esposa de su amigo, al igual que mi esposo, es puertorriqueña, por lo que iba a cocinar comida típica de Puerto Rico. Cuando llegaron, ella me dijo: “¡Estuve esperando este día con mucha anticipación – por la comida”!

La noche del Jueves Santo, Jesús se reunió con sus discípulos en un aposento de Jerusalén para celebrar la Pascua. La Pascua era un elemento básico de la vida religiosa de los judíos y era una cena que esperaban celebrar cada primavera. Sin embargo, cuando Jesús se reunió con los doce para la celebración de la Pascua, dejó claro que esta cena pascual tenía un significado especial. “¡Cómo he deseado comer con ustedes esta pascua ...!” dijo. ¿Cuál sería la razón? ¿Por qué tanta anticipación?

Recordemos que esta sería la última cena que Jesús compartiría con todos ellos antes de morir. Pero más que eso, Jesús estaba instituyendo una nueva cena, el nuevo pacto a través de su muerte y resurrección, para recordar que Dios estaba sacando a su pueblo de la esclavitud a la libertad. Hoy Jesús nos ofrece a participar de ese nuevo pacto, la Cena del Señor, para que fortalecidos no caigamos en pecado. Como dice Lutero en su Catecismo Mayor: “La Cena del Señor se nos da como alimento y sustento diario para refrescarnos y fortalecernos, para que nuestra fe no se debilite en la batalla, sino que vaya viento en popa.”

Oremos: *Amado Jesús, gracias por entregar tu sangre y cuerpo por mí. Gracias por tu gracia inmerecida y el regalo de participar de tu mesa. Amén.*

Para reflexionar

- ¿Con cuánta frecuencia participas de la Cena del Señor?
- ¿Qué significa para ti participar de la Cena del Señor?

Diaconisa Perla Rodriguez

¿Soy yo, Señor?

Pero sepan que la mano del que me va a traicionar está sobre esta mesa, conmigo. A decir verdad, el Hijo del Hombre va, según lo que está determinado; pero ¡ay de aquél que lo va a traicionar!» Ellos comenzaron a preguntarse unos a otros, quién de ellos sería capaz de hacer esto (Lucas 22:21-23).

¿Traicionar a Jesús? ¿Quién, yo? Imaginemos la tensión que había en la mesa al escuchar al Maestro decir que uno de ellos lo iba a traicionar. La mayoría de ellos cayeron en un estado de reflexión y uno tras otro exclamaban: “¿Soy yo?»: y mientras comían dijo: «De cierto les digo, que uno de ustedes me va a traicionar.» Ellos se pusieron muy tristes, y cada uno comenzó a preguntarle: «¿Soy yo, Señor?» (Mateo 26:21-22).

Esa es la pregunta que hacían los discípulos esa noche y también es la pregunta que debemos hacernos nosotros al participar en la Cena del Señor. “¿Soy yo, Señor? ¿Soy yo el que te traiciona?” La Cena del Señor es un buen momento para que tomemos en serio nuestra necesidad de autoexamen y seamos honestos acerca de nuestro posible fracaso ante la tentación y la prueba. En la Cena del Señor, Jesús promete Su cuerpo quebrantado y su sangre derramada como garantía del perdón de nuestros pecados. Cuando nos acercamos a su mesa creyendo en la promesa de Dios y anhelando el perdón y nueva vida a través de lo que Él hizo, estamos preparados para recibir los preciosos regalos que Él ofrece desde el altar.

Oremos: *Padre, somos débiles y vulnerables a la tentación y al pecado. Sin tu poder obrando en nosotros a través de tu Espíritu, sabemos que no podemos resistir los ataques del diablo. Ayúdanos a confiar plenamente que a pesar de nuestros fracasos somos aceptados y perdonados. Fortalécenos y danos fe para vivir una vida que de honra a tu Hijo, cuyo sacrificio nos ha limpiado y sanado. En su nombre. Amén.*

Para reflexionar

- ¿De qué manera te preparas para participar de la Santa Cena?
- ¿Qué regalos recibes de Dios a través de ella?

Diaconisa Perla Rodríguez

Superar el fracaso

El Señor dijo también: «Simón, Simón, Satanás ha pedido sacudirlos a ustedes como si fueran trigo; pero yo he rogado por ti, para que no te falte la fe. Y tú, cuando hayas vuelto, deberás confirmar a tus hermanos» (Lucas 22:31-32).

Pedro negó a Jesús tres veces en unos de los peores momentos de su vida, después que había declarado firmemente de ir con el adonde quiera, ya fuera a la prisión o a la muerte. ¿Te sorprende la actitud de Pedro? Me pongo en el lugar de él y me duele admitir que yo también he hecho lo mismo. En mis primeros años de conocer a Cristo fueron numerosas las veces que prometí seguirlo y fallé. Prometí dejar atrás el temor que me llevó a no confiar en Él, prometí dejar de confiar en mis propias fuerzas, lo cual no me permitía crecer en Él, prometí dejar de buscar la aprobación de los demás, que me impedía que pusiera mi fe en Él, incluso prometí dejar el pecado a un lado porque solo me separaba más de Dios. ¡Pero fallaba una y otra vez!

La mayoría de nosotros definiríamos la negación de Pedro como fracaso. Este pasaje nos muestra dos cosas muy importantes. Primero, que vamos a fallar y que nuestros fracasos no tienen que ser la característica definitoria de nuestro caminar con Jesús. Pedro estaba débil y tropezó, pero debido a su sincero arrepentimiento, con la ayuda del Señor y el poder de Su Espíritu, Jesús lo usó poderosamente. Jesús intercede por nosotros y esto debe de traer alivio a nuestras almas. Y, sobre todo, Él es misericordioso y compasivo y perdonará nuestros pecados cuando nos arrepentimos de todo corazón. Segundo, Dios es capaz de tomar el desastre de nuestro pasado y convertirlo en una historia de amor. Esta historia de amor nos la da no solo para restaurarnos, sino también para ayudar a restaurar a otros.

Oremos: *Padre, perdona nuestra falta de fe y ayúdanos a ser más misericordiosos y a identificar aquellos a quien tú nos has llamado a servir para tu gloria. Amén.*

Para reflexionar

- ¿Estás cargando con alguna culpa?
- ¿De qué manera la historia de Pedro te ayuda entender el amor y la restauración que Dios ofrece?

Diaconisa Perla Rodríguez